

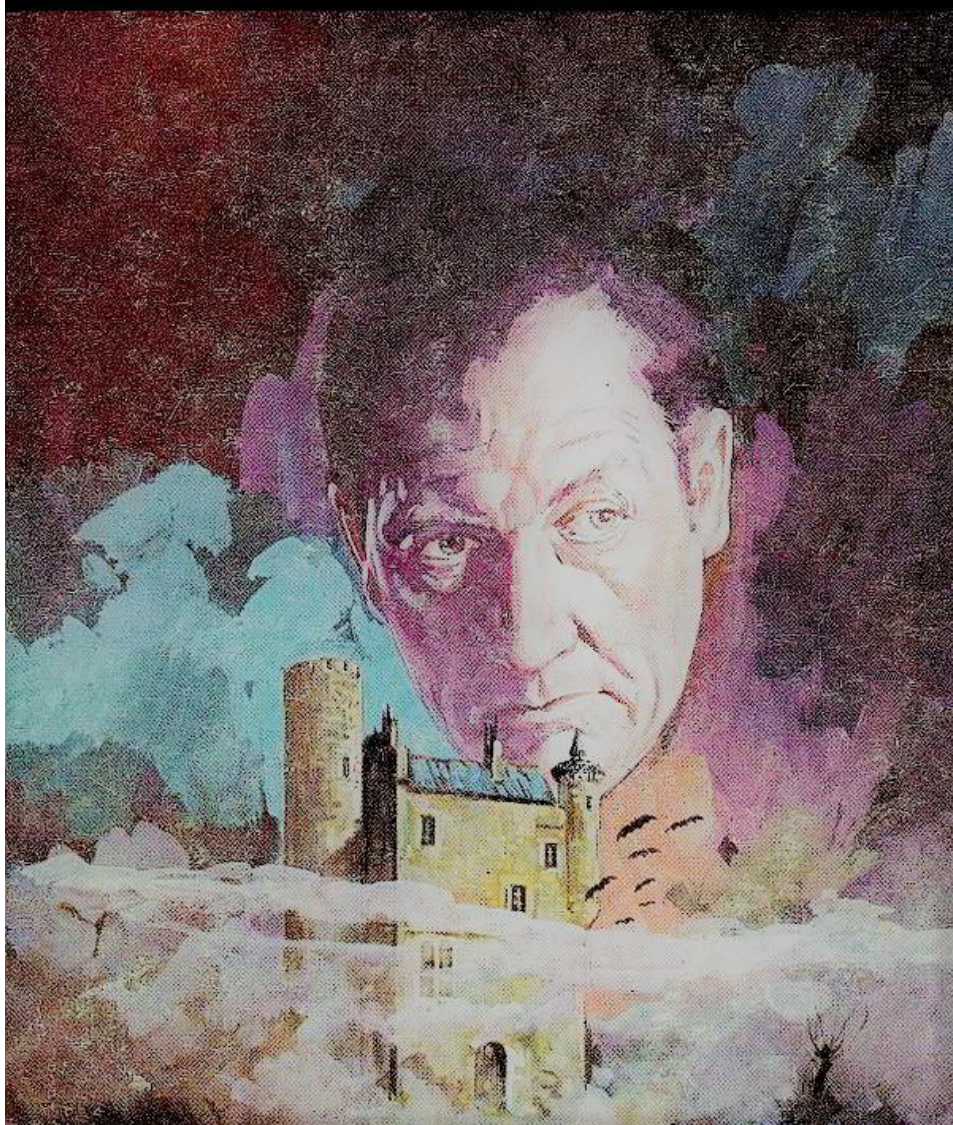
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

LA TORRE DEL SILENCIO

Silver Kane



Tras una sucesión de campos verdes y silenciosos, tras un riachuelo de aguas murmurantes, tras un bosque que hubiera hecho las delicias de un pintor, estaba la casa.

Frank no recordaba haber visto en muchos años, quizá en toda su vida, un edificio semejante.

Debía haber sido construido poco antes de la Revolución francesa, pero era de puro estilo Tudor, como estas casas de recreo que se ven de vez en cuando por la campiña inglesa, y a las que los ricos van a pasar temporadas lejos del ajetreo de las capitales. Tenía dos pisos, unos soportales góticos, ventanas emplomadas y una torre.

Era la torre lo que más llamaba la atención.



Silver Kane

La torre del silencio

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1423

ePub r1.0

Lds 20.11.15

Título original: *La torre del silencio*

Silver Kane, 1977

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



PRÓLOGO

Siempre ocurría lo mismo.

Primero llegaba la camioneta negra silenciosamente, desde cualquier prisión de Francia. Pasaba rauda por el patio y entraba enseguida en lugar cubierto, para que nadie la viese. Luego entre el chófer, el verdugo y sus ayudantes descargaban la guillotina.

Ésa era la primera fase.

Por entonces aún nadie sabía en qué fechas iba a haber ejecución, ni a cuál de los condenados a la última pena le correspondería esta vez la suerte.

Luego llegaba un oficio del presidente de la República.

Como todos los condenados a la pena capital habían elevado recursos pidiendo clemencia, era necesario esperar a que los ministros deliberasen sobre la conveniencia o no de conmutar la pena. Según fuera la decisión, el presidente de la República se pronunciaba en un sentido o en otro. Y normalmente el oficio que llegaba a la prisión contenía los nombres de aquellos que ya no podían esperar clemencia.

El director de la prisión buscaba las fichas de todos aquellos hombres. Ésa era la tercera fase.

Según la situación moral en que se encontraran, según su estado de salud e incluso según su edad, se disponía en secreto el orden de las ejecuciones. Nadie, ni siquiera los altos funcionarios de la prisión, conocía exactamente aquel orden. Muchísimo menos los guardianes directos de los presos, que sólo eran avisados en el último momento.

Cuando todo estaba listo, se montaba la guillotina en el patio interior de la cárcel, y se avisaba al capellán para que se encargara de los últimos auxilios del reo.

Aquella era la última fase.

A partir de entonces todas las demás cosas eran sucias, violentas y sangrientas. Eran cosas que a veces horrorizaban a los mismos guardianes, cosas en las que éstos no querían pensar cuando se encontraban a solas.

* * *

Con Fabrot no surgieron las complicaciones que a veces surgían con otros condenados.

En muchas ocasiones, si eran dos o tres los que debían ser ajusticiados, el director de la prisión no sabía a quién designar primero, y a veces se dejaba influir —aun sin proponérselo— por sentimientos de simpatía personal o de compasión, suponiendo que, si dejaba para el último al menos culpable, siempre existía la posibilidad de que un milagro lo salvara.

Por eso a veces, al designar los turnos, había hombres que velaban, indecisos, hasta altas horas de la madrugada.

Con Fabrot no sucedió.

Cuando llegó el oficio diciendo que su recurso había sido rechazado y que podía fijarse fecha para la ejecución, existían en la Santé de París tres hombres que debían pasar por la misma horrible prueba. Y el director no vaciló en esta ocasión. Dijo: «Fabrot primero» aun antes de que le trajeran para examen las fichas.

Fabrot no era simpático a nadie. Además su crimen había removido las entrañas de hasta los más feroces carceleros. Porque Fabrot había asesinado a una niña después de violarla.

Sobre las fichas fueron fijándose los días de ejecución.

- «Fabrot, 10 de setiembre».
- «Cludel, 23 de setiembre».
- «Martin, 1.º de octubre».

La guillotina fue descargada cuidadosamente por el verdugo y sus ayudantes y luego montada en uno de los patios interiores de la prisión.

El filo de la navaja fue probado.

Los ayudantes limpiaron cuidadosamente la cesta a cuyo interior

había de ir a parar la cabeza.

Los servicios de Pompas Fúnebres del Municipio fueron avisados, y la Beneficencia Pública envió un ataúd gratis.

Todo esto sucedía en el más riguroso secreto, sin que Fabrot ni ninguno de sus compañeros sospechara lo más mínimo.

Por último se avisó al capellán para que celebrara una misa y asistiese al condenado.

Y al barbero que había de cortar los cabellos si éstos no dejaban el cuello bien despejado, además de cortar un pedazo de la camisa para que la cuchilla no encontrase obstáculos.

Por fin los guardianes de la galería fueron también puestos sobre aviso.

La consigna era bien sencilla. Decía simplemente:

«Fabrot. Esta madrugada».

* * *

Ocurrió también como siempre.

Las ejecuciones siempre se celebraban de noche, nunca después del amanecer. Los guardianes, el fiscal, el defensor, un miembro del Tribunal sentenciador y los testigos, avanzaron silenciosamente por los pasillos desiertos, con los zapatos en la mano, para no causar el menor ruido.

Parecían flotar en el aire, como los seres irreales de una pesadilla.

De pronto un guardián abrió la puerta.

Todos se lanzaron en tromba sobre Fabrot, que dormía plácidamente. Es decir, todos los guardianes. Los miembros del Tribunal y los testigos permanecieron en la puerta, apartados de aquella repugnante escena. Porque Fabrot gritó, pataleó al ver que se lo llevaban, y despertó a los presos de toda la galería. Éstos, como era su costumbre, empezaron a aullar y a golpear rabiosamente las puertas, creando una zarabanda indescriptible.

Al final los guardianes se llevaron a Fabrot a rustras.

Éste fue gritando por toda la galería, hasta llegar a la capilla. Sus aullidos hicieron estremecer los muros de la cárcel e incluso las conciencias de los ejecutores: «¡No quiero morir!; ¡No quiero morir! ¡No quiero moriiiiir!...».

Ni siquiera el sacerdote pudo tranquilizarlo.

Luego Fabrot fue puesto en manos del barbero, tras haberle sido atados manos y pies con esos nudos diabólicos que sólo saben hacer los marinos y los verdugos.

El barbero le cortó unos pocos cabellos y luego el cuello de la camisa, para dejar bien limpia la zona donde la cuchilla había de actuar.

Después de esto, Fabrot ya estaba «maduro».

Los ayudantes del verdugo lo arrastraron velozmente hacia la guillotina, que se alzaba siniestra en mitad del patio, y lo colocaron sobre la plancha. Fabrot seguía aullando. El ayudante hizo una seña, y entonces el verdugo movió la palanca.

La cuchilla bajó como un relámpago de luz.

Se oyó un «chaac» espantoso, siniestro.

La cabeza del condenado saltó a la cesta.

El verdugo la sacó y fue entonces cuando murmuró con extrañeza:

—Es curioso... No me había fijado antes en eso. Parece increíble que no me hubiera dado cuenta de que Fabrot tenía un solo ojo...

CAPÍTULO PRIMERO

Tras una sucesión de campos verdes y silenciosos, tras un riachuelo de aguas murmurantes, tras un bosque que hubiera hecho las delicias de un pintor, estaba la casa.

Frank no recordaba haber visto en muchos años, quizá en toda su vida, un edificio semejante.

Debía haber sido construido poco antes de la Revolución francesa, pero era de puro estilo Tudor, como estas casas de recreo que se ven de vez en cuando por la campiña inglesa, y a las que los ricos van a pasar temporadas lejos del ajetreo de las capitales. Tenía dos pisos, unos soportales góticos, ventanas emplomadas y una torre.

Era la torre lo que más llamaba la atención.

Muy alta —demasiado alta para la casa— era también bastante ancha y construida en sólida piedra. No había en ella una sola ventana, y ni siquiera una tronera para que entrasen el aire y la luz. En la cima había un asta donde antaño debió ondear una bandera, pero ahora aquella asta estaba desnuda y su pintura había sido arrancada por el viento.

Frank detuvo el automóvil a un lado de la carretera, oteando el paisaje, y luego rodó a poca velocidad por el caminito de tierra que atravesaba el bosque y llegaba hasta la casa.

La casa era completamente solitaria.

No se veía ningún otro edificio al norte ni al sur, a éste ni oeste, como si en aquellos prados verdes y aquel riachuelo empezase y terminara el mundo.

A unos doscientos metros de la casa, traspuesto el bosque, detuvo el automóvil y se apeó unos instantes.

Silencio.

No se veía a nadie allí, como si la casa no hubiera sido habitada jamás. Sin embargo, los prados y el parque estaban cuidados, y el edificio se veía limpio.

Frank, entre aquel silencio, oyó a su espalda, como un lejano trueno, el ruido de los camiones que avanzaban por la carretera general.

Desde Lyon, en Francia, a Basilea, en Suiza, aquella carretera atravesaba los poéticos paisajes de la región del Franco Condado, donde los verdes tenían matices suavísimos y donde las perspectivas parecían hechas para el gusto de un poeta.

Frank estaba de acuerdo en eso.

Pero he aquí que tras los prados deliciosos, tras el sugestivo bosque, estaba la casa.

Aquella casa siniestra.

Frank intentó preguntarse por qué le causaba aquella impresión. ¿Era fea? No, ni mucho menos. ¿Porque era antigua? Junto al Loira había edificios mucho más viejos que aquél y sin embargo, no causaban una sensación tan extraña.

De pronto entornó los ojos.

Alguien se acercaba.

Era un tipo de unos cuarenta años, de estatura normal, más bien grueso y que iba vestido como un campesino francés de esos que aparecen en las caricaturas. No le faltaba ni la pipa.

Se acercó, caminando silenciosamente por el prado, y se detuvo al llegar a unos cinco metros de Frank. Éste dibujó una sonrisa.

—¡Vaya! Por fin se mueve por aquí alguien...

—¿Es que creía que esto estaba vacío?

La voz del hombre, sin duda un guarda o un jardinero, reflejaba desconfianza.

—¡Oh, no! Yo ya sabía que en la casa había alguien. Yo ya sabía que en ella vive la señorita Russell.

El hombre parpadeó.

—Sí, claro...

—Me he detenido porque todo esto es muy hermoso, y vale la pena contemplarlo. Pero voy a continuar, ¿eh? ¿Quiere que le lleve?

—Sé ir andando. Y a propósito, ¿quién es usted?

—¿Es que tiene por costumbre anunciar las visitas?

—Aunque así no sea, está usted en propiedad privada. Mejor

será que me dé su nombre, ¿no?

—Me llamo Frank. Soy norteamericano, pero acostumbro a vivir en París, incluso he solicitado la nacionalidad francesa.

—¿Y qué?

Frank encendió un cigarrillo lentamente.

—¡Ah, claro! Olvidaba decirle otra cosa: Soy el nuevo dueño de esta casa.

CAPÍTULO II

Para ser dueño de una casa como aquélla hacía falta, al menos, ser millonario. Ningún pelagatos podía comprar una finca así.

Y, sin embargo, la ficha que Frank Latimer tenía en la «Sûreté Nationale» decía aproximadamente esto:

«Frank Latimer Oswald, de veintiocho años de edad, 1.80 de estatura, nariz recta, boca regular, ojos grises, cabellos negros, con una leve cicatriz sobre el ángulo superficial izquierdo. Hijo de Patrick y Anna. Natural de Boston (Massachusetts, U. S. A.).

Condenado a un año en 1958 por jugador profesional y por no acreditar medios legítimos de vida. Condenado en 1960 por otro delito que no consta en la ficha aún por no haber llegado copia de la sentencia ejecutoria. Reclamada por conducto oficial con fecha 2 de enero de 1963».

No parecía, pues, el hombre que ahora estaba ante la casa, el más adecuado para poseer una finca como aquélla.

Y, sin embargo, no había mentido. Era su dueño.

Todo había comenzado exactamente cinco días atrás.

Fue el viejo Russell quien se dejó caer por Montecarlo cuando Frank Latimer estaba pasando unos días allí, sin ánimo de birlarle el dinero a nadie. O sea que la disculpa que Frank tenía para lo sucedido era que él, al menos, no lo había buscado.

En Montecarlo no sólo se juega en el casino, sino en cien lugares más. Hay tipo que está cansado de perder —o de ganar— en la ruleta y busca su emoción en otros sitios. Para eso existen hotelitos y apartamentos donde se juega fuerte, donde verdaderas fortunas cambian de manos cada noche.

Y el viejo Russell, que en diez años había malbaratado una de las fortunas más importantes de Estados Unidos, se dejó caer por uno de esos apartamentos.

Por casualidad encontró a Frank allí.

—Hola, Frank. Hacía mucho tiempo que no te veía por Montecarlo.

El viejo Russell había bebido, como siempre, pero no se podía decir que estuviera borracho.

—He pasado una temporada a la sombra —reconoció Frank.

—¿Por tramposo?

—No, por otra cosa. Por una cuestión de mujeres. Pero hubo una revisión del proceso y me han soltado al fin.

—¿Ya no juegas?

—Estoy en Montecarlo descansando, señor Russell. Y no me conviene meterme en líos por ahora.

—Ya sabes que yo soy muy discreto.

—¿Es que quiere jugar?

—¿Cuánto tienes tú?

—Sólo mil dólares. No vale la pena porque no puede ganarme mucho, señor Russell.

—¿Sabes que acabo de perder veinte mil a la ruleta?

—Lo siento... Pero es usted el que va al casino voluntariamente. Desde el casino nadie le llama.

—Ahora no tengo ni para pagar la cuenta del hotel.

—Es increíble, señor Russell...

En efecto, Russell había sido tan rico que al oírle decir que no tenía para pagar la cuenta de un hotel —cuatro años antes hubiera podido comprar el hotel entero— uno sufría un sobresalto.

—Tengo fincas —dijo el viejo—, pero situadas en Estados

Unidos. Sólo poseo una finca en Francia que podría vender. No obstante prefiero no hacerlo. ¿Van mil dólares contra mil dólares? Dentro de la basura que corre por aquí, tú siempre has sido de lo más decente, Frank.

—Gracias. Pero pongamos quinientos contra quinientos.

—¿Por qué no mil?

—Así usted tiene otra oportunidad si pierde la primera partida.

—De acuerdo, aunque es ridículo.

—¿Póquer?

—Vale.

* * *

Jugaron durante cinco minutos. Cinco minutos bastan para que un hombre pueda perder o ganar mucho. En dos partidas el viejo Russell había perdido sus mil dólares.

—Le hago un préstamo —ofreció Frank.

Pero el viejo Russell ya estaba embaldado. En sus ojos brillaba la única pasión que le había estado dominando de una manera absorbente durante toda su vida: la pasión del juego. Cuando el viejo Russell se ponía así, no admitía consejos ni favores de nadie.

—¡Fuera préstamos! —dijo—. ¡Tengo para responder!

—¿Con la tinca?

—Con la finca.

—Es mucho, a cambio de dos mil dólares.

—¿Puedes llegar a algo más?

—Puedo llegar a los cinco mil. Si pierdo, siempre habrá quien me haga un préstamo.

—Cinco mil contra la finca. Iré al notario y firmaré la escritura de propiedad a favor tuyo si tú ganas.

Frank intentó disuadirle aún con el único argumento que en aquellos instantes podía serle útil:

—La finca no me interesa, señor Russell. No quiero jugar.

—¿Piensas que no sé por qué has estado en la cárcel, pequeño imbécil?

—No creo que eso tenga nada que ver...

—¡Has estado allí por intento de violación!

Frank encajó las mandíbulas.

—¿Y qué?

—En la finca que vas a habitar, si ganas, vive una hija mía.

—Sigo diciendo lo mismo, ¿y qué?

—Tú irás allí...

Había momentos, concretamente cuando le dominaba la pasión del juego, en que el viejo Russell era el ser más aborrecible, más obtuso, más alejado de la moral que existía en el mundo entero.

Frank apretó los labios.

—No me interesa la chica.

—¡Qué raro! Las faldas siempre te han vuelto loco.

—Está bien, puesto que de todos modos quiere perder, juéguese la casa. Sentiré tener que echar a su hija de allí cuando la finca sea mía.

—Je, je... O hayas perdido cinco mil dólares.

Frank no los perdió.

En una sola partida, ligando un simple ful de reyes, ganó la finca al ex millonario Russell.

Y ahora Frank estaba allí, mirando la casa con ojo crítico. Mirándola y diciéndose que jamás había visto nada tan siniestro.

Arrojó su cigarrillo al suelo, mientras contemplaba la torre.

Sobre ésta había visto reflejarse una sombra.

CAPÍTULO III

El hombre de la pipa le miró un poco como si estuviese viendo a un lejano fantasma.

—¿De modo que usted es el dueño? ¡Vaya!...

—¿No me cree?

—Hombre, no...

El tipo era socarrón, y se había quitado la pipa de los labios para mejor reír burlonamente.

Frank sacó de uno de los bolsillos interiores de su gabán dos largos pliegos de papel cosidos a una cartulina.

—Mire, ahí están las escrituras. Las firmamos anteayer ante un notario de Mónaco, y enseguida han sido legalizadas para que surtiesen efecto en Francia. No puede dudar de que son auténticas...

—Diablos, es increíble...

—¿Por qué le extraña? Algún día el viejo Russell tenía que desprenderse de esta finca.

—Sí. Pero precisamente ahora... Frank se encogió de hombros.

—En fin, lléveme ante la señorita Russell. Supongo que con ella podré discutir este asunto.

El hombre volvió a ponerse la pipa en sus labios, pero ahora sin alegría y sin fuerzas.

—No sé si será posible.

—¿Por qué?

—Porque la señorita Russell acaba de morir.

* * *

Frank volvió a tener la sensación extraña que ya había tenido

unos segundos antes, cuando miraba la torre. Pero no supo definirla.

Volvió a mirar hacia allí y ya no vio la sombra.

Había sido una sensación incomprensible, que le era imposible definir, pero que recordaba como si la estuviese volviendo a vivir otra vez.

—¿En qué consistía?

No podía decirlo. Había sido algo que en estos momentos se sentía incapaz de explicar.

Pero algo de aquella inquietud se notó en su rostro, porque el hombre de la pipa musitó:

—¿Qué le ocurre?

—Miraba la torre.

—¿Y qué?

—¿Hay alguien en ella?

—No sé qué quiere decir...

—Le pregunto si era posible que alguien estuviese en la torre hace unos momentos.

El de la pipa volvió a reír.

—No, Claro que no...

—Lo dice con mucha seguridad y casi como si yo hubiera preguntado una cosa absurda.

—Lo es.

—¿Cómo? ¿Por qué no puede haber nadie en lo alto de esa torre?

—Por una razón muy sencilla: hace dos años la cerradura de la puerta que lleva a esa torre se encalló y ya no hemos podido volver a abrirla nunca.

* * *

Frank tragó saliva mezclada con el humo del tabaco. Éste le supo tan amargo como no le había sabido nunca. Fue entonces cuando dijo con brusquedad:

—Suba. ¿Para qué va a andar? Yo le llevaré hasta la puerta.

El de la pipa se encogió de hombros y subió.

Rodaron a poca velocidad hasta la entrada de la casa, que consistía en una gran arcada gótica. Frank detuvo el coche casi al

pie de la torre y de la puerta de hierro que daba acceso a ella.

Desde abajo, miró, Las piedras de la torre se veían peladas y desnudas. Hasta lo más alto trepaban unos brotes de hiedra que se iban adueñando de todo. El asta de la bandera estaba materialmente carcomida por la lluvia y el viento.

El de la pipa descendió también.

—¿Qué mira? Parece como si esa torre le obsesionara... ¿eh?

—Juraría que antes, desde el lugar en que estábamos detenidos, he visto a alguien.

—No diga tonterías, hombre...

—¿Puedo probar si se abre la puerta?

—¡Qué ganas tiene de perder el tiempo!... Está bien, pruebe. ¿Es usted cerrajero?

—No, claro que no, pero he estado en la cárcel —reconoció Frank con la mayor desfachatez—. No tiene usted idea de las cosas que se llegan a aprender en una celda, cuando uno tiene por compañeros a ladrones de profesión. Incluso, como recuerdo, me regalaron una ganzúa. Mire.

La sacó de uno de sus bolsillos. Era una ganzúa perfecta y nueva, que seguramente no había sido usada nunca.

—¿Usted sabe manejar eso?

—Ya lo verá.

Frank forcejeó varios minutos en la cerradura de la puerta, que era una vieja obra de artesanía construida a mano. Al principio creyó que la cosa sería fácil e incluso tuvo un ademán de suficiencia, pero luego empezaron a nacer unas gotitas de sudor en sus sienes.

—Esto está muy difícil...

—¿No se lo he dicho?

—Creí que no sería tanto. La cerradura es muy antigua y está como petrificada. Ni uno solo de los resortes obedece. Seguro que no ha sido abierta en varios años.

—Se lo advertí.

—¿Y no hay ninguna otra entrada para llegar a lo alto de la torre?

El de la pipa volvió a ponerla entre sus labios, des pues de encenderla nuevamente.

—Como no sea volando...

—Pues no lo entiendo.

—Mire, amigo, la región del Franco Condado es algo misteriosa. Omero decir que hay niebla baja por entre los bosques, que durante las noches susurran las hierbas de los prados y todo eso. Si usted, además, es algo imaginativo, no podrá vivir aquí. En ese caso será mejor que regale la casa.

Ahora fue Frank el que se encogió de hombros.

—Está bien, debe haber sido una sensación mía. No volvamos a pensar en ello. Pero ahora me doy cuenta de que no me ha dicho ni siquiera su nombre.

—Charles. Me llamo Charles...

—Está bien, Charles. ¿Dice que la señorita Russell ha muerto?

—Exacto, señor.

—Sí que tengo mala suerte... ¿y de qué? No sabía ni que estuviese enferma; su padre, el señor Russell, lo ignoraba. Ha debido ser algo muy repentino, ¿verdad?

—Y tan repentino, señor...

—Lo dice de un modo que parece como si hubiera ocurrido algo extraño. ¿Qué le ha sucedido?

Charles dijo lentamente:

—Que la han ahorcado, señor...

* * *

A Frank Latimer, que aún estaba fumando, se le cayó repentinamente el cigarrillo de la boca.

—¿Cómo ha dicho?

—Ahorcada, señor.

—¿Pero con qué?...

—Con una horca, naturalmente.

—Oiga... ¿Sabe que todo era normal hasta que le he visto a usted, y desde entonces tengo la sensación de estar viviendo una pesadilla? ¿Se burla de mí? ¿Dónde hay aquí una horca?

—En el patio, señor. Es una vieja pieza de Museo que compró el señor Russell al dueño de un castillo escocés. Estaba siempre incluso con la cuerda puesta. A unos visitantes les maravillaba porque era algo insólito, mientras que a otros les causaba horror. El caso es que la señorita ha aparecido colgando de esa cuerda.

Frank volvió a tener la sensación de que estaba borracho o de que vivía una absurda pesadilla.

—¿Ha avisado a la policía?

—Naturalmente que sí, señor. Pero la policía ya se ha ido.

—De modo que incluso han hecho una investigación...

—Sí. Han instruido las primeras diligencias, y el forense ha hecho la autopsia en la misma casa, puesto que aquí hay una gran sala que reúne condiciones... Luego se han marchado diciendo que regresarían y que no tocásemos nada. Los únicos que han tocado algo han sido los de pompas fúnebres, al preparar el túmulo y vestir el cadáver.

Los de pompas fúnebres... De modo que ya había ocurrido incluso eso... Frank se llevó la mano a la frente y cerró los ojos un momento. Pero así como un ojo se le cerró con mucha facilidad, el otro quedó como desarticulado unos momentos, causando una extraña sensación, hasta que al fin consiguió cerrarlo del todo. Charles le estaba mirando.

—¿Qué le ocurre? —musitó—. Nunca he visto una cosa tan rara...

—No le extrañe. Este ojo no es mío —susurró Frank Latimer—. Me lo ha regalado un muerto.

CAPÍTULO IV

La pipa tembló en los labios de Charles.

—¿Qué es lo que dice?

—Pues sencillamente lo que ha oído: que el ojo izquierdo no es mío, sino que me lo ha regalado un muerto.

—No le entiendo...

Pero Frank Latimer no tuvo tiempo de aclararlo, porque en aquel momento alguien abrió la puerta exterior de la casa.

Era un tipo de unos cuarenta años, con gabardina, sombrero echado sobre la nuca y pinta de policía aburrido. No hacía falta que fuera enseñando la chapa para que la gente adivinase su profesión. Miró al recién venido con gesto hosco y luego se dirigió hacia él.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Frank Latimer. ¿Y usted?

—Yo soy el segundo comisario Ronet.

—Me acababa de decir Charles que la policía se había retirado ya.

—Yo he venido a fisgar un poco más entrando por las puertas traseras. ¿Tiene usted algún inconveniente, pichón? Y además, ¿a qué viene esa pregunta? Soy yo el que habla, de modo que enséñeme su pasaporte. Por su apellido, no es usted francés.

—No. Soy americano.

—Pues venga el papelote verde.

Frank mostró su pasaporte, que estaba en regla. El otro lo husmeó dos o tres veces antes de devolvérselo.

—¿Y qué hace aquí? —preguntó luego.

—Soy el dueño de esta casa. Se la compré hace muy poco a míster Russell.

—Supongo que eso que dice no es un farol y que llevará algún

documento encima.

—Pues claro...

Frank enseñó los documentos pacientemente otra vez. A juzgar por la expresión del policía, todo aquello debía parecerle inexplicable.

—¿Y va a quedarse aquí? —preguntó al fin.

—Ésa es mi intención. Quería conocer mi nueva casa.

Frank guardó las escrituras, en las que, naturalmente, no se decía que la finca había sido ganada en juego, pues de hacerlo así, el notario se habría negado a autorizar la transmisión. En las escrituras se había fijado un precio ficticio que míster Russell aseguró haber recibido ya. De este modo todo tenía una completa apariencia de legalidad.

—Bueno, yo no puedo impedirselo —dijo Ronet—, aunque no sé si va a gustarle estar en compañía de un cadáver.

—¿Es que tardarán mucho en llevárselo?

—Si no hay inconveniente, cosa de un día.

Ronet se encogió de hombros.

—Está bien; entre.

El vestíbulo era inmenso, y de su techo artesonado pendían unas enormes lámparas protegidas por fundas blancas. Los muebles eran antiguos y de madera tallada. Había también unas cuantas armaduras, para que no faltase detalle.

Y, sin embargo, no eran las armaduras lo que daba aquel aire tétrico a la estancia, ni los muebles antiguos o las fundas de los cortinajes, que daban una extraña sensación de fantasmas colgando en el vacío.

Eran los cortinajes.

Aquellos enormes cortinajes que casi tapaban las ventanas y tras los que cualquier figura —humana o no— hubiera podido ocultarse.

Frank miró las escaleras de piedra que llevaban al piso superior. Comprendió que era allí arriba donde estaban las habitaciones principales de la casa.

Donde debía estar la muerta.

Lentamente subió, rozando apenas la baranda con la mano, y al llegar al rellano superior vio la luz de los cirios.

Aquella luz fantasmal procedía de una de las habitaciones que había a la izquierda, cuya puerta estaba entornada.

Frank avanzó hacia allí. Empujó la puerta.

Sus ojos tuvieron un parpadeo, pero el izquierdo fue más lento que el derecho. Y fue en ese ojo, en el izquierdo, donde durante unos segundos se produjo un destello siniestro.

* * *

Frank avanzó unos pasos.

La muerta estaba allí, metida en su ataúd, sobre un túmulo por el que debían haber pasado todos los muertos ilustres que antes hubo en aquella casa.

Las cortinas de las grandes ventanas estaban corridas. Ni un solo relámpago de luz entraba en aquella habitación, donde imperaba solamente el resplandor siniestro de los cirios.

Frank avanzó unos pasos más, hasta que sus manos inmóviles casi rozaron los lienzos negros que rodeaban a la muerta.

Ni un solo músculo se movió en el rostro del hombre, pese a que la hija de Russell era uno de esos muertos que incitan a compasión.

En efecto, habían acabado con ella cuando aún era maravillosamente joven.

¿Qué edad debía tener? ¿Veintitrés o veinticuatro?

En todo caso era seguro que no llegaba al cuarto de siglo. Tenía las facciones muy blancas y afiladas, pero debió haber sido extraordinariamente hermosa cuando aquellas facciones aún podían animarse y aún conservaban el color. En cuanto a su cuerpo, por lo que podía apreciarse, debió haber sido el de una diosa. Pero ahora estaba muerta.

Había terminado como un delincuente común, con la infamante marca de la soga en torno al cuello. A pesar de que habían intentado abrocharle el vestido bien, aún se apreciaba aquella macabra huella.

Frank fue hacia una de las ventanas y recorrió los cortinajes, que se movieron pesadamente, como si estuviesen vivos y fueran capaces de resistirse.

Abajo estaba el patio interior.

A un lado del mismo se encontraba la horca, una horca auténtica, procedente de algún castillo medieval, y que debía ser la pieza de museo más macabra de toda aquella casa. La cuerda había

sido retirada, seguramente para ser sometida a examen en los laboratorios de la policía, pero el efecto macabro continuaba siendo el mismo.

Frank volvió a correr los pesados cortinajes.

Vio la cómoda y los retratos que había sobre ella. Todos eran retratos enmarcados en plata vieja, y estaban vueltos de espaldas, como para que no turbasen la calma de la muerta. Frank los volvió y los fue mirando. Eran retratos de la hija de Russell. En unos montaba a caballo, en otros practicaba al tenis mostrando sus hermosas piernas... Pero había un retrato que no era de ella. El retrato de un hombre.

Frank lo miró con atención y sus ojos parpadearon nuevamente, primero uno y después, con más lentitud, el otro.

El conocía perfectamente a la persona representada en aquella fotografía.

Y el verdugo de París también.

Porque era un retrato de Fabrot, el hombre cuya cabeza había saltado a la cesta de la guillotina pocas semanas antes. Sólo que en esta ocasión estaba algo distinto a cómo llegó a verlo el verdugo.

En esta foto tenía los dos ojos.

* * *

Frank depositó suavemente la foto sobre la consola donde la había encontrado.

—¿Por qué lo ha hecho?

Era una voz de mujer.

Frank se volvió lentamente.

La mujer que acababa de entrar en la habitación se parecía extraordinariamente a la muerta, tanto que al verla se tenía una sensación de irrealidad y se notaba como un escalofrío. Pero fijándose mejor en ella era posible apreciar que resultaba algo más joven que la muerta, y que era todavía más bonita. En cuanto a su semejanza podía justificarse porque ambas debían ser hermanas. Era la única explicación.

Frank susurró:

—Había entrado a ver a la muerta...

—Pero miraba los retratos.

—Ha sido sin darme cuenta. Los he visto ahí, vueltos de espaldas, y... Está bien, perdóneme; no creo que haya causado ningún mal con ello.

—Me ha dado la sensación de que conocía a ese hombre.

—Sí, lo conocía.

—¿De qué?

—Mucha gente..., mucha gente lo conoce. Fue ajusticiado hace poco, y su retrato se publicó.

—Sí —dijo la mujer lentamente.

Y añadió a continuación, sin mirarle:

—Iba a casarse con mi hermana.

* * *

Nuevamente Frank Latimer tuvo una extraña sensación de irrealidad, la sensación de que el mundo entero se difuminaba ante sus ojos, hasta convertirse en niebla.

—¿Quién es usted? —balbució, porque fue lo único que supo decir en ese momento—. ¿La hermana de esta pobre muchacha?

—Sí, en efecto. Y usted, según me han dicho, es el nuevo dueño de esta casa. De modo que mi padre la ha vendido, ¿eh?

—Se la gané en el juego —dijo francamente él.

—Esperaba..., esperaba que algún día sucediera esto.

La mujer que acababa de entrar tenía un aire distinguido, aristocrático. Era una de esas mujeres que parecen haberse pasado la vida en los salones elegantes y tenía, al mismo tiempo, la soltura de una bailarina y la gracia de movimientos de una maniquí. Su boca roja, entreabierta, fresca, hubiera resultado irresistible de no encontrarse allí una muerta.

—No sabía que míster Russell tuviera otras hijas —musitó Frank con mucha suavidad—. Creí que su única descendiente era Nancy Russell, la que ahora está muerta.

—Mi padre hablaba poco de mí.

—¿Por qué?

—Quizá porque he sido la más independiente de las dos y me he dedicado a viajar. Quizá también porque yo he dicho siempre las verdades a la cara. En fin, por una razón o por otra procuraba no mencionarme.

—Ahora eso no tiene gran importancia.

—Sí, claro.

—¿Cómo se llama usted? —Ketty Russell.

—Señorita Ketty, no necesito decirle que puede usted quedarse aquí. En realidad aún no sé lo que voy a hacer con esta casa. Estoy de vacaciones y he quejido visitarla. Pero claro que en modo alguno podía imaginarme lo que iba a encontrar aquí.

Ella apretó los labios.

—Yo sólo estaré hasta que den sepultura a mi hermana. Luego me marcharé en el medio de locomoción más rápido que encuentre.

—Por mí no es necesario.

—No lo hago por usted —dijo ella secamente.

Y fue a dar media vuelta, alejándose de la cámara mortuoria, pero la voz del hombre la detuvo.

—Señorita Ketty.

¿Qué?

—¿Dice que su hermana iba a casarse con el asesino Fabrot? ¿No se ha confundido?

—No. En efecto, iban a casarse.

—Parece increíble... ¿Dónde se conocieron?

Ella dijo suavemente:

—Aquí... Aquí mismo.

—¿Está loca?

—¿Por qué había de estarlo?

—Fabrot no era precisamente el tipo de hombre al que se invita a pasar una temporada a una casa elegante como ésta.

—Desde luego, pero eran cosas de mi padre. El siempre traía por aquí a mucha gente rara.

—¿Y cómo su hermana, a la que supongo una persona educada y selecta, pudo enamorarse de un hombre como Fabrot?

—Se ve que usted no conocía bien a Fabrot.

—¿Qué quiere decir?

—El conseguía siempre lo que quería. Tenía una mirada..., ¿cómo decírselo?, una mirada de serpiente. Lograba penetrar en el alma de las gentes, lograba hipnotizar con ella. Era horrible. Por cierto...

Fijó atentamente sus ojos en los ojos de Frank y de pronto tuvo un estremecimiento.

—¿Por cierto qué? —susurró éste con voz lenta—. Siga.

—Ahora me doy cuenta. Usted tiene una mirada... muy parecida a la de Fabrot. Una mirada casi idéntica...

—El mismo color de los ojos y la misma expresión, ¿verdad?

Ketty volvió a temblar, ahora más visiblemente.

—Sí. Eso..., eso es lo que quería decir.

—No le extraña —musitó él—. Uno de mis ojos perteneció a Fabrot. El izquierdo. Yo lo había perdido en un accidente y lograron trasplantármelo cuando se supo con seguridad que él iba a morir. Pero ese ojo no funciona como el otro. Parece tener vida propia y no consigo controlar sus movimientos.

Sin decir una palabra más pasó junto a la muchacha, yendo hacia la salida de la habitación.

Ella no se movió. Quedó quieta, petrificada, sin respirar, como si también estuviese muerta.

CAPÍTULO V

El entierro de Nancy, efectivamente, tuvo lugar un día después. Salió de la habitación donde Frank la había visto y el ataúd fue descendido por las solemnes escaleras a hombros de los sirvientes.

Fueron los sirvientes, por decirlo así, los únicos que asistieron al entierro. Por eso la ceremonia tuvo un aire tan amargo y tan desesperadamente triste.

Russell, al enterarse de la muerte de su hija, había atrapado una borrachera fantástica y en aquellos momentos estaba en un hotel de Lyon, al borde del *delirium tremens*. Ketty, rigurosamente vestida de negro, acompañó el ataúd de su hermana hasta el lugar donde el prado comenzaba. Por lo demás, aquellas dos muchachas norteamericanas parecían no tener ningún otro pariente en Francia.

Para quitar a la cosa un poco de tristeza, los agentes de la Sûreté vinieron en número de cinco y se situaron como si fuesen parientes. Incluso algunos tuvieron la delicadeza de ponerse corbata negra. Pero eso no logró deshacer el clima de angustia que se había formado en torno a la casa.

El ataúd fue cargado en un coche funerario rodeado de flores, que arrancó a gran velocidad.

Los agentes se fueron en otro coche y también se alejaron en unos instantes.

Los sirvientes regresaron poco a poco al interior de la casa, apesadumbrados como hormigas que llevaran su carga, y desaparecieron en el interior del inmenso vestíbulo.

Frank y Ketty quedaron solos.

Una luz suave y casi irreal, donde se quemaban los últimos fulgores del sol de la tarde, les envolvía. Fue Ketty la que primero habló.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué?

—La corona más hermosa de todas las que han acompañado a mi hermana en su último viaje, era la suya.

—Eso no tiene importancia.

—Sí que la tiene, puesto que usted, al fin y al cabo, ni siquiera la conocía.

Frank encendió un cigarrillo lentamente, sin querer mirar a la muchacha.

—¿Sabe por qué he venido a esta casa, Ketty?

—Porque es suya, supongo.

—No; en realidad puedo decir que la casa no me interesaba, a pesar de todo su valor.

—¿Qué le interesaba, pues?

Frank lo dijo crudamente:

—Su hermana.

—¿Cómo? No le entiendo.

—Yo estuve en la cárcel, muchacha. ¿No se lo había dicho?

—Pues... no.

—Cierto, debí decírselo a Charles solamente. ¿Y sabe por qué me enchironaron durante un tiempo?

Los labios de Ketty temblaron ligeramente.

—Por ladrón, supongo. Y quién sabe si por jugador de ventaja. He oído decir que las leyes consideran igual a un tramposo que a un estafador. ¿No..., no fue por eso?

—No.

La voz de Frank era cortante, seca.

—¿Por qué fue entonces?

—Por intento de violación.

La muchacha tembló. Por un instante todo su cuerpo fue sacudido violentamente. Sus ojos se abrieron y cerraron varias veces en pocos segundos.

Al fin pudo serenarse y poner en orden sus pensamientos.

—Creí que para esa clase de delitos las leyes imponían penas de prisión muy largas —dijo fríamente.

—Yo salí porque a última hora revisaron mi proceso.

Ella caminó unos pasos por la húmeda hierba del prado, sin manifestar temor. Pero en realidad todo su cuerpo, todos sus

nervios palpitaban.

—¿A qué ha venido? —preguntó con la misma frialdad, sin mirarle.

—Las mujeres son lo que más me importa en el mundo —reconoció crudamente Frank Latimer—. Unas buenas piernas tienen para mí más sugestión que una partida a diez mil dólares.

—¿Y qué tiene eso que ver con mi hermana? Mejor dicho, ¿qué *tenía* eso que ver?

—Su hermana Nancy contaba con unas hermosas piernas. Por lo menos yo había oído hablar de ellas.

Dio una lenta chupada a su cigarrillo y añadió:

—No tengo inconveniente en explicarle todo lo ocurrido. Su padre, el viejo Russell, estaba sin blanca aquella noche. Acababa de perderlo todo en el casino, y para postres yo, después de la última partida, le dejé de tal modo que no podía ni pagarse un billete de autobús para volver al hotel. Entonces se jugó esta casa y yo le dije que no me interesaba. Para añadir alicientes a la cosa, dijo que aquí vivía su hija Nancy. Dio a entender bien claramente que *sucediera lo que sucediera*, él echaría tierra al asunto.

Ketty musitó:

—Dios mío...

—Comprendo lo que debe sentir.

—Mi padre siempre ha sido un borracho y un jugador —farfulló la muchacha—, pero llegar hasta ese extremo... Nunca lo hubiese creído... ¡Nunca!

De pronto volvió la cabeza y preguntó:

—¿Y para qué está usted ahora aquí? Mi hermana ha muerto... ¿Para qué sigue usted aquí?

Frank susurró fríamente:

—Usted también me gusta.

—¿Es que sería capaz de...?

—¿Qué tiene de extraño?

Ketty apretó los labios.

—Puedo llamar a la policía.

—Y, como no he cometido todavía ningún delito, lo que le aconsejarán es que se largue usted de aquí como medida preventiva. Al fin y al cabo, soy yo el que está en su casa. Además...

—¿Además qué?

—No sé por qué se asusta tanto. Iba a emparentar con Fabrot, que era un consumado violador de mujeres.

—Lo de Fabrot fue también cosa de mi padre, ya se lo he dicho. ¡Cielo santo! ¿Es posible que dos personas se parezcan tanto? ¿Es posible que usted y Fabrot puedan ser tan..., tan iguales?

Frank no respondió.

Arrojó su cigarrillo a medio consumir entre la hierba húmeda y fue lentamente hacia la puerta de hierro que había al pie de la torre. Lo curioso fue que no miró la torre ni un solo momento. Pareció como si una fuerza irresistible, venida de muy lejos, le empujase hacia allí.

Tanteó la puerta.

Ketty se acercó también.

—¿Qué hace?

—Antes he intentado abrir.

—¿Por qué? Hace al menos dos años que nadie mué ve esa puerta.

—Lo sé. Me lo ha dicho Charles.

—¿Y qué intenta?

Frank no respondió.

Extrajo de nuevo su ganzúa, aquella misma ganzúa nueva y brillante que antes empleara, y la introdujo en la cerradura.

Esta produjo apenas un chasquido.

Los resortes no se movían. La cerradura seguía estando como petrificada. Hubiera hecho falta desmontarla para mover aquella puerta.

Sin embargo, Frank hizo un levísimo movimiento con la ganzúa, un movimiento que no había hecho la primera vez.

El chasquido se reprodujo.

Los resortes de la cerradura funcionaron con una extraña suavidad y la puerta se abrió lentamente.

Frank Latimer tenía la mirada perdida. Parecía como si no fuese él mismo quien acababa de hacer aquello.

Ketty le estaba mirando como una alucinada.

—Es increíble... —balbució.

—¿Qué es lo que le parece tan extraño?

—Esa puerta... Hacía dos años que...

—Yo mismo, antes, no he podido abrirla —dijo Frank con la

misma expresión ausente y lejana—. ¿Pero qué tiene eso de extraño? Ya se sabe cómo son las cerraduras. Unas veces se acierta y otras...

—Es que bastantes personas habían probado con esa puerta. Bastantes personas habían querido subir a la torre sin conseguirlo. Sólo se abrió hará unos dos años, y la persona que pudo conseguirlo fue..., fue...

Parecía no atreverse a decir el nombre. Sus labios temblaban. Fue Frank el que la invitó.

—¿Quién pudo hacerlo? Hable de una vez...

Las palabras de la muchacha sólo fueron como un susurro casi inaudible al contestar:

—Fabrot...

CAPÍTULO VI

El hombre, Frank Latimer, pareció volver en sí. Dio la sensación de que regresaba de un lejano sueño cuando miró a la muchacha.

—¿Fabrot? —preguntó.

—Sí. El tenía una extraña facilidad para abrir esa puerta. Lo consiguió hará unos dos años, como le he explicado. Luego nadie más volvió a lograrlo. Había estado cerrada desde entonces... —Se llevó ambas manos al rostro y añadió—: Al saber que Fabrot había sido ajusticiado pensé que nadie más lograría abrirla, hasta que de repente usted...

El ojo izquierdo de Frank brillaba quietamente, muy quietamente. Pero ella no le miraba.

—No sabía que Fabrot hubiese estado aquí —dijo el hombre lentamente.

—Sólo un par de veces..., para visitar a mí hermana.

—¿Y desde entonces no había vuelto?

—No. Siempre estaba detenido..., no sólo por sus líos con mujeres sino por..., por sospechoso de robo y cosas semejantes.

—Comprendo.

—No sé cómo mi hermana soportaba aquella mirada... que es igual que la suya, señor Latimer. El cerró un momento los ojos.

—No piense en eso. Hay muchas miradas que se parecen.

—Tanto no.

—¿Qué quiere decir?

—Nada... Pe... perdóneme.

Frank Latimer se acercó a ella. Su expresión era ahora natural, tranquila, y ya no daba la extraña sensación de minutos antes, cuando parecía haber regresado de un sueño.

Parecía un hombre normal e incluso, cosa extraña en aquellas

circunstancias, su expresión resultaba simpática.

—Hay una cosa que me ha sorprendido mucho de su padre —dijo inesperadamente, como si cambiara la conversación.

—Mi padre tiene muchas cosas que sorprenden a la gente —farfulló ella—. Demasiadas.

—Pero una cosa en especial.

—¿A qué se refiere?

—El viejo Russell era una de las principales fortunas de Estados Unidos —dijo Frank con voz lenta—. Yo soy norteamericano, como todos ustedes, y lo sabía bien. Estaba cansado de ver su nombre en el

Who's

who^[1] y de saber que tenía tantos y tantos millones de dólares. De repente ese hombre viene a Europa, juega fuerte y una noche se me presenta diciendo que no tiene ni para pagar la cuenta del hotel. ¿Es eso posible?

—Mi padre había hecho cosas terribles —balbució ella—. Se había jugado verdaderas fortunas a una sola carta.

—Y casi siempre perdía, porque los nervios le delataban. Era un mal jugador. Pero nunca pudo perder lo suficiente para quedar casi arruinado. No quiso reconocerlo de una manera demasiado clara, pero esta casa era lo último que le quedaba en Francia.

—Y supongo que es cierto.

—Pero pudo no haber jugado tan fuerte... Cualquier Banco, o incluso el mismo casino, le hubieran descontado, o al menos avalado un cheque con la garantía de sus joyas. Russell tenía fama de poseer una de las colecciones de joyas más costosas de Estados Unidos.

—Cierto, así era.

—¿Dice *era*?

—En efecto, porque nos las robaron. Hará unos cinco años de eso, supongo. Usted debía estar ya en Europa, si no se enteró. Yo no hice tampoco demasiado caso porque ya le he dicho antes que siempre he sido una muchacha muy independiente y que viajaba con frecuencia. Me dije que, al fin y al cabo, siempre nos quedaba lo suficiente para vivir. Pero luego he ido sabiendo la importancia que aquel robo tuvo. Fue descomunal. Supongo que alcanzaba al menos el equivalente de unos tres millones de dólares.

Frank lanzó un silbido.

—¿No estaban aseguradas?

—Mi padre era muy descuidado, y no se preocupó de renovar a tiempo el seguro. Justamente había vencido dos días antes.

—Un desastre...

—Por eso no debe extrañarle si mi padre estaba realmente mal de dinero. Le dije la verdad. No hay familia que pueda resistir esos embates, y, mucho más si el jefe es un jugador empedernido.

—¿Pero nunca más han sabido de esas joyas? Supongo que no habrán intentado venderlas. Quiero decir que los ladrones no las habrán sacado al mercado. La mayoría de las piezas deben figurar en casi todos los catálogos y serían fácilmente reconocibles.

—Supongo que no han intentado venderlas, desde luego. Habría sido dejar una pista demasiado clara. Tendrán que aguardar o transformarlas profundamente, lo que también significa un trabajo de años. Pero lo cierto es que nada más hemos sabido. Mi familia perdió con eso una de las principales bases de su fortuna.

Se encogió de hombros.

—¿Pero por qué hablamos de una cosa así? En realidad el dinero nunca me ha importado en demasía. El único orgullo que tengo es el de ser una muchacha que sabe valerse por sí misma. Es posible que nunca más me hubiera acordado de esa historia de las joyas de no haberla sacado usted a relucir.

—Sólo lo he hecho porque en aquel entonces me extrañó la actitud de su padre.

—Claro —dijo ella con indiferencia, como dando la cuestión por completamente terminada.

De pronto se estremeció.

—Había alguien a quien le gustaban con delirio las joyas —dijo con un soplo de voz—. Casi tanto como las mujeres.

—¿Quién?

—Fabrot.

Frank Latimer se estremeció también, y otra vez su ojo izquierdo volvió a brillar extrañamente.

—Fabrot... Otra vez ese nombre. ¿Por qué lo ha pronunciado?

—No sé... Ha sido un recuerdo.

Frank, con las manos en los bolsillos, echó a andar. Ni siquiera parecía pensar ya en la puerta de la torre, que él mismo acababa de

abrir. Caminó por el hermoso prado hasta situarse a unos metros de la torre. Los últimos reflejos del sol la iluminaban. De pronto miró hacia arriba.

Y sus manos se contorsionaron en un instante, sus facciones se crisparon en una mueca. Su cambio fue tan teatral, tan brusco, que Kitty estuvo a punto de lanzar un grito.

Pero no fue el estremecimiento de Frank Latimer lo que la hizo temblar a su vez. Fue el rostro del hombre. Fue aquel rostro que indicaba que Frank Latimer tenía miedo...

—¡Mire! —gritó él con voz ronca, cortada por su propia emoción—. ¡Mire a lo alto de la torre!

CAPÍTULO VII

Parecía como si todo el cuerpo de Frank Latimer hubiera recibido una sacudida eléctrica.

Sus facciones se volvieron de un color violáceo, casi cárdeno, mientras por un momento los ojos parecían ir a salirse de las órbitas.

Suplicó, mientras su voz se transformaba en un ronco gemido:

—¡Mire a la torre! ¡Mire! ¡Vea lo que hay en lo alto de la torre!

Ketty, durante unos segundos, quedó como paralizada, sin saber qué hacer, mientras se le helaba la sangre en las venas.

Porque en la voz de aquel hombre había un patetismo, una emoción tan amarga como ella no recordaba haber oído nunca.

Al fin, corriendo ágilmente sobre sus altos tacones, llegó hasta él en un par de segundos.

Miró hacia lo alto de la torre, siguiendo la dirección de los ojos desencajados del hombre.

Y no vio nada.

Sólo el asta de la bandera carcomida por las lluvias y el viento, y las grises piedras tan siniestras como siempre. Nada más.

Absolutamente nada más.

De pronto Frank Latimer dejó de mirar, y sus ojos turbios se posaron en ella. Dio la sensación de que le faltaban las fuerzas, de que iba a caer de un momento a otro. Ketty pensó que aquello era irreal, que no parecía posible que un hombre tan atlético perdiera el vigor de aquel modo. Pero incluso tendió la mano para sostener a Frank, por si éste caía.

Sin embargo, el hombre no cayó.

—¿Lo ha visto? —preguntó con voz balbuciente.

—¿A quién tenía que ver?

Frank abrió la boca con asombro.

—No me diga... que no se ha dado cuenta de nada.

—De nada absolutamente. Y ahora soy yo quien pregunto. ¿Qué es lo que tenía que ver?

El hombre tardó en contestar. Parecía como si las palabras no surgieran de su boca por quedar detenidas en sus labios. Incluso tragó saliva un par de veces, espasmódicamente. Al fin susurró:

—Pues... a Fabrot, naturalmente.

—¿A... Fabrot?

—Sí.

—A Fabrot lo ejecutaron hace poco tiempo. Le cortaron la cabeza con la gui-llo-ti-na. ¿No sabe lo que hace la guillotina? ¿Cree que alguien puede pasear por las torres después de sentir la caricia de la cuchilla?

—He visto a Fabrot.

Ella dijo roncamente:

—Está loco.

—¿Pero es que cree que no tengo ojos? —bramó Frank Latimer—. ¡Pues sepa que tengo más vista que un piloto a reacción, maldita sea! ¡Me he ganado la vida años y años jugando a las cartas, y ni el menor movimiento del contrario me pasaba desapercibido! Hay veinte metros escasos de aquí a la cima de la torre. ¿Cree que no puedo reconocer una figura humana a esa distancia? ¡Le digo que era Fabrot!

Otra vez el clima de pesadilla envolvió a Ketty, aquel clima impalpable y sutil que ella había creído notar desde que Frank Latimer puso los pies en la casa. Pero intentó dominarse.

—Está usted loco, rematadamente loco —dijo con frialdad—, pero ya que se empeña en que ha visto a Fabrot, vamos a comprobarlo enseguida. Si estaba en la torre no podrá salir más que por esa puerta que tenemos ante los ojos. De modo que subiremos.

Por unos instantes, Frank la contempló con admiración.

—¿Se atreverá...?

—¿Por que no? ¿Es que piensa que estoy tan loca como usted?

Y sin una palabra más, demostrando con hechos lo que decía, se encaminó hacia la puerta de hierro.

Esta crujía sordamente, como si sus goznes protestaran después de dos años de inmovilidad.

La muchacha empezó a subir.

Notó a su espalda los pasos de Frank Latimer, que la seguía. Aquellos pasos hicieron temblar las monstruosas telas de araña que se habían ido formando a lo largo de dos años. Hicieron saltar a los murciélagos que dormían entre las piedras su sueño repugnante. Las alas asustadas batieron el rostro de la muchacha, que tuvo que llevarse las manos a los ojos, mientras su garganta contenía un gemido.

Pero no fue eso lo que le causó más temor.

Lo que llegó a obsesionarla fue el oír aquellos pasos a su espalda. Tuvo la absoluta convicción de que el hombre, a su espalda, podía ver perfectamente una parte considerable de sus piernas, pues ella iba al menos tres peldaños por delante. Y aquellas hermosas piernas, enfundadas en finas medias negras, hubieran constituido una obsesión para cualquier hombre.

Mucho más para Frank Latimer, que había estado en la cárcel por intento de violación...

Ketty tuvo al mismo tiempo la angustiosa sensación de su soledad. Frank podía lanzarse allí encima de ella y ultrajarla. Le bastaba con cerrar aquella puerta de hierro. Quedarían aislados del mundo, y sus gritos de auxilio resultarían inútiles. Un hombre que ya había hecho aquella cosa tan repugnante una vez, no sentiría escrúpulos en intentarla otra.

Se volvió de repente.

Frank Latimer, en efecto, estaba mirando sus piernas. Los ojos le brillaban extrañamente.

Ella preguntó con voz ronca:

—¿Qué hace?

—Nada... Siga subiendo, por favor. Necesito saber si es cierto lo que he visto hace poco.

El mismo la empujó con suavidad. Sus manos eran fuertes y duras. Parecían arcos a punto de dispararse.

Ketty, casi sin respirar, continuó.

Arriba, donde las escaleras terminaban, había una trampilla de hierro que casi se había oxidado ya.

—No puedo levantarla... —susurró Ketty—. No puedo...

Frank empujó.

Sus brazos, parecidos a catapultas, empujaron la trampilla. Ésta

se abrió con un chirrido.

Después de la siniestra oscuridad de la escalera, pareció como si lo alto de la torre estuviera bañado en una luz casi deslumbrante.

La muchacha tuvo que cerrar los ojos.

Fue como si de repente entrara en otro inundo, un mundo irreal donde hasta las cosas más absurdas pudieran suceder.

Pero se recobró enseguida. Todo era natural en torno suyo. Las losas grises, el asta de la bandera... No, definitivamente todo era natural y no había nada que temer.

Desde luego, además en la torre no había nadie. Ketty se volvió hacia Frank, que lo miraba todo atentamente.

—¿Lo ve? ¿Se da cuenta de que ha estado soñando?

—Ahora no hay nadie, claro —dijo, con esfuerzo, él—. Pero seguro que debía haberlo cuando yo lo vi.

—¿Todavía no se da cuenta de que ha sufrido una pesadilla?

El acabó de subir las escaleras y puso los pies en lo alto de la torre, donde se encontraba ya la muchacha.

Algunos pájaros que tenían su nido allí volaron ruidosamente, con brusco batir de alas.

En la torre se respiraba un silencio extraño, irreal, como si ambos estuvieran muy alejados del mundo. Desde allí se divisaban los prados y el bosque, con la carretera al fondo. Pero no se oía el sonido de los coches ni de los camiones. Todo parecía infinitamente lejos.

Ketty insistió:

—¿No se da cuenta de que ha estado viendo algo irreal?

—¿Sí?

—¿Es que aún lo duda?

—Mire.

Frank señalaba junto a los pies de la muchacha. Ésta se estremeció y bajó la cabeza un momento.

Lo que vio la hizo estremecerse de nuevo.

Eran dos huellas. Las huellas de dos zapatos de hombre claramente impresas en el polvo y la suciedad que dos años de abandono habían ido acumulando en el suelo de la torre.

Las huellas de dos zapatos de hombre...

La muchacha se llevó las manos a los ojos y gritó, como queriendo convencerse a sí misma:

—¡Es absurdo! ¡Absurdo!...

Pero las huellas estaban allí, junto a sus pies. Casi podía rozarlas. Y se apreciaban con tanta claridad como en uno de esos moldes preparados que obtiene la policía.

Ella alzó la cabeza poco a poco, como si le pesase la nuca. Miró a Frank. Miró sobre todo su ojo izquierdo, extrañamente quieto.

Y de pronto sintió como si todo vacilara en torno a sus pies.

Cayó lanzando un grito.

CAPÍTULO VIII

Al despertarse tuvo la sensación de que había transcurrido un largo tiempo, un tiempo infinito. Le dolían las sienes y tenía la boca espantosamente seca.

Recordó de pronto, como en un relámpago, lo que había sucedido en la torre. Abrió desesperadamente los ojos creyendo que aún estaba allí.

Pero no.

Vio sobre su cabeza la funda blanca de una dé las enormes lámparas. Estaba, pues, en el vestíbulo de la mansión. La habían extendido sobre uno de los divanes.

Vio entonces tres rostros que se inclinaban sobre ella.

Uno era el rostro de Frank Latimer, que estaba algo pálido y parecía muy preocupado. Los otros eran rostros de sirvientes.

Fueron ellos los que la tranquilizaron.

Uno de los sirvientes era Charles, a quien ella conocía desde años antes. El otro era André Latour, el gigante, uno de los que habían ayudado a bajar el ataúd de Nancy, pero que en realidad hubiera podido bajarlo él sólo sobre sus espaldas poderosas.

Ketty hizo un gesto. Fue la presencia de André Latour lo que más la tranquilizó. Ella sabía que junto a aquel hombre nada malo podría ocurrirle.

André la ayudó a sentarse.

—¿Qué ha ocurrido, señorita? ¿Se siente mejor?

—Son ustedes... los que deben decirme qué ha ocurrido. Sólo recuerdo que me he desmayado en la torre y...

—El señor Latimer la bajó —dijo Charles—. En efecto, estaba usted sin sentido.

Ketty miró a Frank.

Éste seguía muy pálido.

—No se ha hecho usted daño —dijo Latour—. El debió recogerla antes de que cayese al suelo. ¿De veras no necesita nada?

—Nada..., excepto una cosa.

—Diga, señorita.

—No quiero que me deje usted nunca, Latour.

—Como quiera, señorita.

Ketty se llevó una mano a los cabellos, intentando recuperar el dominio de sí misma. Pero no lo consiguió del todo.

—Deseo que se sepa —dijo con voz ronca—. Prefiero que en la casa lo sepan todos. Yo no voy a estar mucho tiempo aquí, Latour, pero mientras tanto no se separará de mí. Sé perfectamente que mi padre le puso en este lugar para que me protegiera, porque mi familia tiene muchos enemigos. Aunque nunca me lo dijese, yo lo he sabido adivinar. ¿Es cierto o no, Latour?

El meneó la cabeza, como si aquella confesión no le agradara del todo. Pero al fin dijo:

—Es cierto, señorita.

—Gracias.

—Puedo asegurarle —añadió él—, que estaré ojo avizor. No pude evitar la inexplicable muerte de la señorita Nancy, y por eso, porque no quiero tener un segundo fallo, voy a estar ahora más atento que nunca. Si alguien se le acerca demasiado... Bueno —y extendió sus brazos de gorila—. Si alguien se le acerca demasiado le aseguro que fabricaré un cadáver más.

No hacía falta aquel gesto para que todos se dieran cuenta de que, en lucha cuerpo a cuerpo, André Latour había de ser un tipo temible.

Su poderoso tronco, su mandíbula cuadrada, sus brazos largos como cables, garantizaban una muerte muy poco dulce para el tipo que cayera bajo sus garras.

Charles le miró con cierto respeto.

—Yo no sabía... —balbució.

Pero Frank no le dejó continuar. Dijo con cierto tono burlón:

—¡Vaya! De modo que tenemos un detective en la casa...

—Sí —dijo agresivamente Latour—, y aunque usted sea el nuevo dueño, no voy a consentir que me despida mientras esté aquí la señorita Ketty. Dese por bien enterado.

Frank sonrió, y sin darse cuenta respiró fuertemente, abombando el pecho.

Cualquier buen entendedor hubiese notado la flexibilidad de los músculos bajo el traje bien cortado, la dureza de los puños y la tensión a que podía someterse aquel cuerpo. Una lucha entre Latour y él hubiera sido terrible, y seguramente nadie habría sido capaz de adivinar quién sería el vencedor.

Pero Frank no quería pelea. Dijo solamente:

—Claro que va usted a quedarse aquí. Para mí es tina tranquilidad. Y ahora, sí me lo permiten, voy a intentar descansar un poco. Ya es demasiado ajeteo para las pocas horas que llevo aquí. Buenas noches.

Todos volvieron entonces los ojos hacia las ventanas, dándose cuenta de algo en que no habían reparado antes.

La noche había caído ya casi por completo sobre la casa.

CAPÍTULO IX

La luna asomó por encima de las colinas un par de horas más tarde, bañando el bosque y los prados con su irreal resplandor. Bañó también las piedras del castillo, las viejas estatuas y los cristales emplomados tras los que parecían palpitar las sombras.

Fue el resplandor de la luna lo que despertó a Kitty.

Ella siempre corría las cortinas de su ventana, sumiendo por tanto la habitación en una completa oscuridad. Pero esta noche, sin saber bien por qué, no lo había hecho.

Quizá porque estaba muy cansada o muy aturdida, no se había acordado de tocar las grandes cortinas. Y ahora, de pronto, sentía aquella claridad sobre los ojos. Una claridad desusada, que la había despertado bruscamente, casi a punto de lanzar un grito.

Miró hacia los ventanales.

Se encontró a sí misma sentada en el lecho, sin saber bien si estaba ya despierta o flotaba aún entre las brumas de una lejana pesadilla.

En un hermoso cielo color violeta, la luna flotaba como en una decoración irreal. Su claridad penetraba en la habitación y dibujaba el contorno de cada mueble.

Kitty suspiró, aliviada. Se había despertado simplemente por no estar acostumbrada a recibir claridad en los ojos. Sí, había sido únicamente eso. No había motivos para sentir miedo.

Fue entonces cuando vio aquella sombra.

Igual que si una mano negra pasara por delante de su ventana, en fracciones de segundo, la claridad que se proyectaba sobre el suelo de la habitación quedó cortada. Pero enseguida volvió a quedar todo igual que antes. El paso de aquella sombra por delante de la ventana —si es que la sombra existía fuera de su imaginación

— había durado apenas un instante.

La muchacha sintió que se le cortaba la respiración. Sintió que sus uñas se clavaban en el cobertor ansiosamente.

Intentando no hacer ruido, como si ella misma fuera una ladrona dentro de su propio hogar, saltó del lecho para encaminarse hacia la ventana.

Llevaba un salto de cama casi transparente, que marcaba sus esculturales formas, pero ni ella misma se dio cuenta de eso.

Abrió la ventana.

Vio la cornisa que existía bajo ésta. Una cornisa que ella había visto siempre, y que era lo bastante ancha para permitir el paso a un hombre. Pero era difícilísimo que alguien hubiera podido pasar por allí con tanta rapidez. Además la habitación de Ketty estaba situada aproximadamente en el centro de la fachada, y a derecha e izquierda la cornisa avanzaba hasta llegar a los respectivos ángulos del edificio. Y no se veía allí a nadie. Era casi imposible que alguien hubiese podido alcanzar el ángulo en tan poco tiempo.

A menos que se ocultara entre las enormes enredaderas que trepaban por la fachada... Pero no. Eso era imposible.

Ketty cerró, con un escalofrío.

Había tenido una especie de pesadilla, eso era todo. Una de esas pesadillas que a veces se tienen cuando se está despierto.

¿Qué hora debía ser?

Fue a encender la luz de su mesilla para mirar el reloj, pero de repente volvió a cortarse su respiración y sintió que se le tensaban los músculos de la garganta, cuando estuvo a punto de lanzar un angustioso grito.

Todo fue por aquellas campanadas.

Eran unas campanadas lentas, solemnes, que en aquella casa no se habían oído desde años atrás. Unas campanadas que parecían reptar por el pasillo y atravesar las puertas, penetrando en las habitaciones suavemente.

En apariencia aquello no tenía nada de raro.

Ketty conocía el reloj, y sabía que no tenía nada de particular. Estaba situado en la habitación contigua, con otras docenas de cachivaches que ya no servían para nada.

Eso era. *Que no servían para nada...*

El reloj llevaba parado más de dos años. Habían tenido que

arrinconarlo porque nadie sabía reparar la maquinaria, construida a mano por un artífice de ciento cincuenta años atrás. El único que pudo ponerlo en marcha, dos años antes fue...

Fue Fabrot.

* * *

La muchacha sintió que se le había secado la boca.

Si el reloj había dado las campanadas era que estaba funcionando. Pero ¿quién lo había puesto en marcha a aquella hora? ¿Quién...?

Ketty, por primera vez, sintió miedo, un miedo cervical y espantoso, que le subía por la espalda y le llegaba hasta la nuca.

Nerviosamente descolgó el teléfono que había en su mesilla de noche, un teléfono que teóricamente servía para llamar a la servidumbre, pero que ella sabía estaba conectado directamente con la habitación de André Latour.

Oprimió el timbre y oyó sonar éste al otro lado del cable. Pero nadie descolgó el teléfono.

¿Nadie?

¿Es que no estaba André Latour?

La muchacha llamó otra vez.

Silencio.

Sintiendo que las fuerzas le flaqueaban, dándose cuenta de que ahora ya no podría contar con la ayuda de nadie, se puso un salto de cama y fue hacia la puerta. El miedo llegaba en oleadas hasta su cráneo, nublando incluso sus ojos, pero comprendió que no podría continuar más con aquella incertidumbre. Por eso resolvió ir a la habitación contigua.

Era necesario saber *por qué* el reloj andaba. *Quién* lo había puesto en marcha.

Salió al pasillo.

Éste se encontraba iluminado por la luz espectral de la luna. El resplandor penetraba por una ventana que había a la izquierda. Pero a la derecha, al fondo, todo eran tinieblas.

Ketty vio rebrillar la puerta contigua.

Era allí. Pegando el oído a la madera, oía, incluso, el «tac», «tac» solemne del reloj en marcha.

Ketty hizo girar el pomo.

La puerta cedió.

Dentro imperaba la misma claridad que ella tenía en su dormitorio, es decir, aquella claridad lechosa de la luna. Viejos divanes destripados yacían en la habitación cubiertos de polvo, junto con instrumentos de música ya en desuso, muebles devorados por la carcoma y viejos maniquíes que eran siniestramente parecidos a figuras humanas.

Pero fue el reloj lo único que vio Ketty.

La luz se proyectaba sobre la solemne esfera de plata y las manecillas negras.

Como atraída por un imán, como si el reloj la hipnotizase, la muchacha avanzó hacia allí.

El «tac», «tac» de la maquinaria parecía aplastar su cerebro, llenarlo, dominarla por completo.

Abrió la portezuela encristalada del reloj y fue a tocar la esfera. Pero en ese momento una voz la detuvo.

La voz pareció llegar lentamente desde el fondo mismo de las tinieblas.

—No lo toque.

Ketty se volvió. Había sentido aquella voz como un pinchazo en su propio cerebro.

Y lo único que vio fue aquel ojo.

Aquel ojo que parecía avanzar a través de las tinieblas hacia ella.

* * *

Tuvo que pasar casi un largo minuto de horrible tensión para que Ketty se diese cuenta de que aquel hombre tenía dos ojos, y no únicamente aquel ojo solitario que parecía dominarla a través de las tinieblas.

Los dos ojos y el rostro de Frank Latimer.

* * *

Frank Latimer avanzó lentamente, arrastrando los pies. Era

extraño, pero aquel hombre, habitualmente ágil y fuerte, no parecía ser el mismo. Fue eso lo primero que notó Ketty: que parecía ausente de sí mismo y que arrastraba los pies al andar, como si no tuviese fuerzas. Diríase que no era él mismo, que una fuerza ajena lo dominaba.

Que era una especie de muñeco arrastrado por fuerzas oscuras del destino.

El repitió quedamente:

—No lo toque.

—¿Por qué?

—Temo que lo estropee.

—¿Lo... ha puesto en marcha usted?

—Sí.

Ketty tragó saliva ansiosamente.

—Nadie había podido conseguir eso hasta ahora. La máquina es muy antigua y... y no sabían repararla.

—Yo no he tenido apenas que hacer nada. Sólo encajar dos resortes.

—Sólo había una persona que hubiera conseguido eso.

—¿Sí?...

Hablaban sin acercarse, cuchicheando, como si ellos mismos fueran dos fantasmas.

—Sí, sólo una persona —dijo ella.

—¿Quién?

—Fabrot.

—Fabrot está muerto...

—Pero tú sabes hacer cosas que sólo él sabía hacer —musitó Ketty, tragando su propia angustia—. Parece como si fueras él mismo.

—Tonterías.

Su ojo izquierdo seguía brillando en la oscuridad, seguía brillando siniestramente.

—Vamos a tutearnos, Frank —propuso ella—. Vamos a tutearnos para que me digas la verdad.

—¿Qué verdad?

—Quiero saber una cosa horrible. Quiero saber de quién es tu ojo izquierdo. Apenas se nota, pero en determinados movimientos de los párpados, puede advertirse, de una manera casi irreal, que

ese ojo tiene ligerísimas diferencias con respecto al otro. Dime, ¿de quién es?...

Anhelante, sabiendo ya lo que Frank iba a decir, Ketty aguardó la respuesta.

—De Fabrot —dijo él lentamente.

—¿De... Fabrot?

—Yo tuve un accidente, y él, puesto que iba a morir, me cedió su ojo izquierdo. Fue un trasplante sensacional, pero la Prensa no aireó el asunto porque los jueces no lo permitieron. Gracias a Fabrot puedo ver. En estos momentos es uno de sus ojos el que te mira.

Ketty se estremeció.

—Es *él* quien me está mirando... Y *él* siempre dijo que mataría a mi hermana... y a mí.

—No pienses en esas tonterías.

Ketty volvió a estremecerse. Tenía la boca tan seca que hasta la lengua le hacía daño.

—Pero tú abriste aquella puerta, tú has puesto en marcha el reloj... Haces cosas que sólo Fabrot sabía. ¿Cómo se te ha ocurrido venir aquí, hasta este reloj? ¿Por qué?

—No lo sé. Ha sido como si una voz me lo ordenase.

—Como si te lo ordenase Fabrot, *que está dentro de ti*.

Vio crisparse las facciones del hombre, vio que su ojo brillaba de un modo distinto, y adivinó que en su interior algo luchaba desesperadamente para liberarse de la maligna influencia que lo dominaba. Pero la muchacha no pudo adivinar los pensamientos que bullían en el cráneo del hombre.

—Fabrot no está dentro de mí —dijo él lentamente—. No te dejes influenciar por un par de casualidades. Nadie, y mucho menos un muerto, puede penetrar en otra persona.

—Precisamente un muerto..., tal vez pueda hacerlo.

—Tonterías.

—Repites esa palabra muchas veces. Parece como si quisieras convencerte a ti mismo. —Quisiera convencerte a ti. Ketty apretó los labios.

Todo su miedo había desaparecido, y ahora sentía una extraña serenidad, pero pese a esto se daba cuenta de que el peligro estaba en torno a ella, ciñéndola como un anillo monstruoso.

—Fabrot no sólo sabía abrir la puerta de la torre y poner en

marcha el reloj —dijo suavemente—. También sabía otras cosas, como, por ejemplo, caminar por la casa sin que nadie le oyese. Era capaz de pasar por delante de nosotros sin que lo advirtiéramos, como si fuese una sombra. Y además siempre decía que un día, al abrir un armario, encontraría algo tenebroso.

—¿El qué?

Ella apretó más los labios para decir:

—Un muerto.

—¿Un muerto en un armario de esta casa?

—Sí.

Frank Latimer cerró un momento los ojos. Fue solo un instante, pero algo cambió en él. Fue como si de pronto *el otro* volviese a dominarle, como si volviese a hacerle sentir en el cráneo su voz tenebrosa.

—Vamos —dijo bruscamente.

—¿Vamos... adonde?

Sin decir una palabra más, él avanzó hacia la puerta. La abrió lentamente, como un autómatas.

—¿Adónde vamos? —repitió ansiosamente ella Frank no contestó.

Parecía como si no fuese él mismo, como si una fuerza lejana le empujase.

Abrió la puerta del dormitorio de Ketty.

Dentro rebrillaba la luna. Rebrillaba más que nunca, como una cosa viva.

Frank se dirigió hacia el viejo y monumental armario ropero que había en la habitación y lo abrió sin vacilaciones.

Ketty, que estaba tras él, lanzó un grito espasmódico, alucinante, inhumano.

Lanzó aquel grito al ver el cuerpo de André Latour caer pesadamente a tierra.

CAPÍTULO X

El comisario dijo con suave voz, como si pronunciara la frase de un funeral:

—Asesinado. Estrangulado hábilmente con un lazo de seda.

Dejó la fotografía sobre la mesa, aquella foto macabra en que aparecía el rostro de André Latour, presa ya del *rigor monis*, y miró a través de los cristales de la ventana.

Bajo el cielo gris destacaba la cúpula del panteón, y de vez en cuando se veían bandadas de palomas revoloteando sobre los tejados del viejo barrio que levantó Enrique IV. El humo azulado de la pipa del comisario parecía pegarse a aquel cristal.

Miró a Ketty, que estaba sentada frente a él. Miró sus piernas cruzadas, aquellas hermosas piernas a las que las medias negras daban un satánico atractivo.

¿Cuántos años debía tener aquella hermosa ninfa? ¿Veinte? ¿Veintiuno?

El comisario decidió pensar en otra cosa.

—¿Cómo ha venido usted a París, señorita? —preguntó con suavidad.

—He sabido que usted es uno de los policías más prestigiosos de Francia, y además uno de esos hombres que siguen una pista cuando creen tenerla, por absurda que pueda parecer.

—Gracias, señorita. Pero, más o menos, ésa es la obligación de todo policía. ¿Por qué me ha traído el retrato de André Latour? Ése es un asunto en el que la policía local ya está investigando. Su cadáver fue descubierto anoche y es posible que a estas horas haya ya alguna pista.

Ella contuvo la respiración. Se daba cuenta de que era terrible lo que iba a decir, pero también era terrible seguir ocultándolo.

Masculló:

—Yo sé quién mató a ese hombre.

—¿Sí? ¿Quién?

—Frank Latimer.

—Ese nombre me suena. Me parece que lo he visto en alguna ficha.

—Seguro. Estuvo detenido.

—¿Quiere que lo comprobemos?

Fue a pulsar un timbre, pero la muchacha detuvo suavemente aquel ademán.

—Eso es indiferente ahora. No hace falta comprobar datos por el momento; ya habrá tiempo de eso. Lo que tengo que decirle es otra cosa.

Descruzó las piernas, que fueron exhibidas hasta bastante más arriba de las rodillas. En los ojos del comisario hubo un relampagueo, aunque hizo lo posible por evitarlo.

—Está bien, diga lo que sea.

—Usted no va a creermelo.

—Desde luego no podré creerla si no me dice de qué se trata. ¿Por qué no se deja de vacilaciones y me habla de una vez?

—Está bien. Lo que tengo que decirle es esto: el que mató a André Latour fue Frank Latimer. No obstante el responsable es otro.

—¿Qué quiere decir? ¿Que no es él el verdadero asesino?

—Exactamente.

El policía arqueó una ceja.

—¿Quién es entonces?

—Fabrot.

—¿Está loca?

—Ya sé lo que usted piensa. Fabrot fue ejecutado hace poco tiempo. ¿No es eso lo que va a decirme?

—Me ha quitado las palabras de la boca. Pero no es eso sólo lo que pensaba decirle. Iba a añadir también que se haga examinar cuanto antes por un médico siquiatra.

—No estoy loca, comisario. He pensado en esto centenares de veces. ¡Centenares de veces, se lo juro! Durante una noche interminable y agónica me he preguntado hasta la saciedad si el mundo de los fantasmas existe. Y existe, desgraciadamente... Es un auténtico fantasma el que ha matado a André Latour.

—La casa donde usted vive es muy solemne y muy vieja, ¿verdad?

—Sí, pero se equivoca si cree que tenemos fantasmas de plantilla. No son imaginaciones mías, se lo juro.

—¿Entonces qué son?

—Por Dios, escúcheme...

—No estoy haciendo otra cosa...

—¿Cree que el alma de un hombre puede trasladarse a otro? —preguntó la muchacha ansiosamente—. ¿Cree que un hombre puede adquirir la personalidad de otro hombre si, por ejemplo, éste le da uno de sus ojos?

—Ahora creo recordar algo —suspiró el comisario—. Fabrot y Frank Latimer eran amigos; incluso estuvieron en la misma celda, si no me equivoco. Y después de perder Latimer un ojo en un accidente, Fabrot consintió en que le trasplantaran uno suyo. Fue una de esas operaciones diabólicas a que ahora se atreve la ciencia, ¿comprende?, y que ya rozan el problema eterno de la moral. Pero el hecho de que Latimer tenga un ojo de Fabrot no le autoriza a usted a pensar que...

—Yo no pienso; afirmo.

Ante la expresión atónita del comisario, añadió:

—Fue algo que barrunté desde el principio, al darme cuenta de que Latimer tenía la misma mirada que había tenido Fabrot, pero no me atreví a pensar en ello conscientemente. Es decir, era tan absurdo que quise olvidar inmediatamente aquella sensación. Pero luego me he ido dando cuenta de muchas cosas: por ejemplo Latimer sabe hacer todas las cosas que Fabrot hacía. ¡Cosas que nadie había hecho desde que Fabrot estuvo en la casa! Tiene sus mismos instintos, sus mismas costumbres..., ¡su mismo modo de matar!

Las últimas palabras de Ketty fueron un gemido, una queja patética. El comisario Garnier se dio cuenta de que ella estaba al borde del ataque de histeria. Pero se dio cuenta también de que aquella muchacha no era una histérica, ni mucho menos. Ella tal vez no decía la verdad, pero estaba creyendo decirla. Para Ketty la extraña resurrección de Fabrot era tan cierta como la misma existencia del comisario Garnier. Por eso éste, a pesar de no querer creerla, sintió que una especie de escalofrío se insinuaba en su

espalda.

Musitó:

—¿Sabe bien lo que dice?

—Me doy cuenta de que mis palabras son horribles, pero he reflexionado mil veces antes de pronunciarlas.

—Comprendo su estado de ánimo, muchacha, sobre todo después de la muerte de su hermana. Pero debe dejar que triunfe el sentido común: ni para nuestra religión ni para nuestra ciencia, existe la transmigración de las almas.

—¿Entonces cómo es posible que...?

—Pura casualidad.

Y el comisario depositó suavemente la pipa sobre la mesa para añadir:

—También debe darse cuenta de otra cosa. No se ha cometido un asesinato, sino dos. El segundo lo atribuye usted a Latimer, o más exactamente al ejecutado Fabrot. ¿Pero y el primero? El primero no pudo cometerlo la misma persona porque, según mis informes. Latimer aún no había llegado a la casa. ¿A quién se lo atribuye entonces?

—Latimer llegó entonces a la casa, al menos oficialmente. Pero pudo haber estado antes allí.

—Reconozca que es una suposición muy aventurada.

—Lo es, pero en esta situación horrible cualquier cosa puede ser verdad.

Garnier se llevó la pipa a los labios.

—¿Por qué piensa que Fabrot, si es que Fabrot puede hacer algo desde el otro mundo, tiene interés en cometer esos crímenes? Dese cuenta de que estamos hablando de algo absurdo, pero por unos momentos voy a situarme en su terreno y voy a creerla. Dígame, ¿qué interés puede tener Fabrot?...

—El odiaba a mi hermana. Me odia a mí.

—¿Por qué?

—Mi hermana le despreció. Oficialmente iban a casarse, pero la boda no hubiera llegado a realizarse nunca. Y Fabrot sabe que yo influí mucho para que ella le despreciase y se diera cuenta, al fin, de la clase de hombre que él era. Por eso se vengará.

—¿Entonces supone que la muerte de Nancy se debe a una venganza..., que ha llegado desde el otro mundo?

—Parece como si ambos estuviéramos locos, hablando de esas cosas, pero en efecto así es.

—¿Y supone que Latimer obedece, en realidad, las órdenes que le transmite el espíritu de Fabrot?

Ella se mordió los labios angustiosamente.

—En efecto..., creo algo parecido.

El comisario se encogió de hombros.

—Naturalmente yo no puedo compartir su criterio, y hasta le diré que jamás me he encontrado ante una situación tan increíble. Pero en estas circunstancias es lógico que usted tema ser asesinada.

—Lo temo.

—En tal caso la solución es muy sencilla: no vuelva allí. En París no puede ocurrirle nada.

—¿Y usted cree que Frank Latimer no puede llegar hasta París?

—Nosotros le vigilarémos discretamente, y de un modo u otro impediremos que salga de allí. Hay mil procedimientos, desde el de estropearle el coche a detenerle por cualquier imaginaria transgresión de las leyes de tráfico. Mientras tanto investigamos. ¿No cree que ésa es la solución más inteligente?

Ketty bajó la cabeza.

—En cierto modo lo es, pero...

—¿Pero qué?

—Jamás llegarán a averiguar nada. Frank Latimer se comportará con entera normalidad, y transcurridos unos días ya no tendrán motivo para retenerlo allí. Legalmente no podrán hacer nada para impedir que él salga. Y entonces yo correré más peligro que antes.

—Le aseguro que vigilarémos a ese hombre.

Ketty se puso en pie lentamente, con las facciones muy blancas, los hombros abatidos, como si acabaran de cargarle sobre la espalda un peso muy superior a sus fuerzas. Sus labios temblaron cuando dijo:

—No es ésa la clase de ayuda que yo esperaba, comisario. Ni así conseguirán absolutamente nada.

—¿Qué espera entonces que hagamos?

—Creerme.

—¿Y qué ganaríamos con eso? Ella crispó los dedos.

—¿Es que no lo comprende? Ésta es una cuestión de fe, una cuestión de espíritu. Sólo con armas espirituales, no con esbirros

que vigilen, se puede derrotar a Fabrot. No olvide que él está más allá del mundo, más allá de nuestros dedos y nuestros ojos. Si se limitan a vigilar a Frank Latimer, no sacarán nada en claro. ¡Lo que deben hacer es creerme! ¡Luchar contra él con sus propias armas!

El comisario Garnier volvió a arquear una ceja.

—¿Unas *armas espirituales*? ¿De qué me habla usted?

Ketty volvió a bajar la cabeza, más abatida que nunca.

—Ya veo que no me comprende —susurró—. Y en estas condiciones es inútil que le atormente más, comisario. Seguiré luchando sola.

Garnier la vio salir del despacho con un sentimiento de ansiedad, porque en cierto modo no quería que ella marchase. Porque quizá nunca había visto una mujer tan bonita como aquélla.

Pero al fin, cuando Ketty hubo desaparecido, se encogió de hombros y cerró de un seco carpetazo el expediente que tenía ante la mesa.

—¡Si uno fuera a hacer caso de todo lo que vienen a decirle! —Gruñó—. ¡Condenada loca!

CAPÍTULO XI

Él estaba allí.

La muchacha lo vio nada más llegar al lindero del bosque, cuando la luz del sol agonizante se iba convirtiendo en un resplandor violeta. Vio su figura quieta junto a uno de los soportales, y a pesar de la distancia creyó ser atravesada por sus ojos.

En cierto modo Ketty había adivinado todo aquello. Sabía que le encontraría allí, aguardándola.

Pero Frank Latimer se mantuvo quieto mientras ella rodaba a poca velocidad hacia el garaje, como si no la hubiese visto.

Charles le abrió las puertas.

—¿Qué tal el viaje, señorita Ketty?

—Bien, muy bien...

—Tiene un aspecto abatido, como si estuviera muy cansada...

—El clima de París no me sienta bien.

—Nosotros creíamos que iba a estar allí más tiempo.

—No, no... Ha sido sólo un recado.

—Está bien, señorita. Mañana limpiaré el coche, si le parece.

—De acuerdo, Charles. Gracias. Charles salió silenciosamente.

La muchacha descendió con lentitud, aplomadamente, en la penumbra del garaje. Primero extrajo una pierna, que fue visible hasta más allá del final de la media. Ketty no lo sabía, pero sus piernas eran dignas de una *vedette*. Y fue al ir a descender del todo cuando notó aquella especie de contacto en su piel.

El contacto de una mirada.

Como si fuese algo sólido, sintió clavada en sus piernas la mirada de Frank Latimer, una mirada dura, fría, que parecía atravesar la distancia.

La muchacha volvió el rostro suavemente y lo vio apoyado en una de las paredes del garaje, mirándola.

No sabía cómo había llegado hasta allí.

Era como si se moviera igual que las sombras, como si flotase por los aires.

Frank susurró:

—Te marchaste inesperadamente. ¿Dónde has ido?

—A París.

—Es un viaje largo. Te hubiera acompañado con mucho gusto.

Ella salió del coche totalmente. La visión enardecidora de sus piernas se esfumó.

—Podía ir sola.

—Pues te has perdido unas buenas sesiones de interrogatorios: La policía no nos ha dejado en paz.

—Es natural, ¿no? Se han cometido dos crímenes.

—Pero no han averiguado nada.

Ketty se mordió los labios. «No han averiguado nada»... Adivinó que palpitaba una oculta alegría en la voz del hombre. Comprendió que él se sentía seguro de sí mismo, convencido de que cuando quisiese..., ¡podría volver a matar!

Pero no quiso pensar en ello. No quiso que aquel horror la arrastrara llevándola hasta el fondo del abismo.

Quiso pensar en algo trivial y dijo:

—Por cierto, habré de pedir un duplicado de la llave del coche. Tenía dos, pero perdí una hace tiempo, y si en cualquier momento pierdo la otra...

Notó que algo palpitaba en los ojos de Frank Latimer.

Algo que no tenía sentido, que no tenía nombre.

Él fue lentamente hasta el fondo del garaje, donde había un largo estante de madera con herramientas, cachivaches, bujías, piezas de repuesto y todo cuanto puede hacer falta en un lugar donde se guardan automóviles. Revolvió en una gran caja color marrón y extrajo una llave plateada.

—¿Es ésta? —musitó.

Ketty la tomó con dedos temblorosos.

Estaba tan tensa, tan asustada que no podía ni respirar. Quiso dominarse, pero sus labios temblaron espasmódicamente.

—Ahora recuerdo... —musitó.

—¿Qué es lo que recuerdas, Ketty?

Ella apretó los labios, haciendo esfuerzos terribles para no lanzar un grito, para que todo su miedo contenido, toda su angustia no rompiesen en un alarido la débil barrera de sus dientes.

—Ahora recuerdo que esta llave la perdió Fabrot.

—Y tienes miedo, ¿verdad?

Era la primera vez que se lo preguntaba. Ketty, absorta, alzó la mirada y la clavó en sus ojos. La clavó en aquel abismo negro, insondable, de los ojos del hombre.

—Yo también tengo miedo —musitó él.

—¿Po... por qué?

—He visto otra vez su imagen en la torre. La imagen de Fabrot.

CAPÍTULO XII

Ella tembló.

Aquel temblor, que comenzó con timidez en sus labios, se transmitió brutalmente a sus manos, a todo su cuerpo.

Quedó apoyada en la pared, quieta, respirando anhelosamente.

—¿Dices... que has visto la imagen de Fabrot?

—Su figura, podría decir más bien. Le he visto de cuerpo entero.

—¿En qué parte de la torre?

—En la cima, donde le vi la primera vez.

Ella respiraba afanosamente. Se la oía en la quietud del garaje jadear como un animal acosado.

—Eso es absurdo.

—Lo comprendo, pero tengo miedo. Por primera vez en mi vida —susurró Frank— tengo miedo de algo que me parece superior a mí.

Ella apretó los labios fuertemente y dijo con convicción, como si deseara convencerse a sí misma:

—Fabrot está muerto.

—Lo sé... Por eso mismo tengo la sensación de enfrentarme ante lo absurdo. ¡Pero yo lo he visto! ¡Tengo la seguridad de que lo he visto!

Si Ketty hubiera oído aquella conversación en otras personas, habría creído que se trataba de dos locos Pero aquello era realidad pura, era ella misma la que estaba hablando. Tuvo de pronto como una brutal sensación de vértigo.

—Tú llevas un ojo de Fabrot —dijo de pronto.

—Sí.

—¿Es Posible..., es posible que el ojo de un hombre siga viendo su figura aun después de muerto éste? ¿Es posible que no seas tú

propiamente quien ve la figura de Fabrot, sino ese satánico ojo?

—No, no... —susurró Frank—. Lo del ojo es cosa aparte, estoy seguro. Fue un accidente; él me hizo ese favor porque de todos modos iba a morir. Pero yo veo la figura con los dos ojos, estoy seguro. La veo perfectamente en lo alto de la torre, rodeada por la niebla.

Hizo una pausa, durante la cual respiró con angustia, y añadió:

—Es extraño además lo que ocurre... Veo esa figura y parece como si el tiempo se hubiera detenido... De repente cesan todos los sonidos, deja de circular el aire, se detiene todo... Parece como si el mundo entero quedara sumido en una absoluta inmovilidad, en una muerte total que sólo dura unos cuantos segundos. De repente la figura de Fabrot desaparece y vuelvo a oír el susurro del viento en el bosque, los sonidos que antes me rodeaban, el mundo vuelve a palpar... No sé explicarlo. Pero es como si de repente volviera al tiempo en que Fabrot existía.

La muchacha seguía jadeando, seguía notando que el aire quemaba al penetrar en sus pulmones.

Frank Latimer había hablado con tal convicción, con tal acento de sinceridad que parecía como si ella misma estuviera viviendo la increíble escena que él describía con sus palabras.

Intentó mantener la serenidad.

Intentó pensar que aquello debía tener alguna explicación, que hablando llegarían a entenderse de algún modo.

Y susurró:

—Hay otra cosa, Frank. Tú conoces escondites que sólo Fabrot conocía, y realizas actos que sólo él realizaba.

—Si tú lo dices debe ser cierto, pero yo no noto nada.

—¿No has notado nada..., por ejemplo, cuando has encontrado la llave perdida del coche?

—Pues... no. En realidad creo que no te entiendo.

Ella suspiró, desalentada.

—Intenta hablar con sinceridad. Intenta explicarme uno por uno tus pensamientos cuando yo he dicho que había perdido una de las llaves del coche.

—Ha sido muy sencillo —dijo él, pasándose una mano por los ojos—. Tú has hablado de esa llave y yo he pensado: «Está ahí, tiene que estar ahí por fuerza». He removido y la he encontrado.

—Sin embargo, tú nunca habías estado en el garaje.

—No.

—Por consiguiente lo de que la llave tenía que estar ahí te lo ha dicho, en ese momento, *otro*.

Frank palideció. Había comprendido las palabras de la muchacha, pero al parecer se negaba a creer en ellas.

—¿Adónde quieres ir a parar? —balbució.

—También cuando lo del cadáver de Latour —casi gimió ella—. Fabrot siempre hablaba de que un día, en aquel armario, encontraríamos un cadáver. Tú fuiste allí sin vacilar, lo abriste... y en él estaba André Latour, estrangulado... O cuando abriste la puerta de la torre..., ¡sólo Fabrot sabía abrirla! —De pronto crispó los dedos en un angustioso ademán—. ¡Fabrot ha resucitado en ti! ¿Es que no lo comprendes? ¡Tú eres Fabrot, que ha vuelto a la tierra!

Frank hizo un esfuerzo por reír.

No lo consiguió del todo, pero sus carcajadas, más brucas cuanto más falsas, hicieron estremecer el aire quieto del garaje.

—Si yo fuese Fabrot no lo vería —dijo al fin.

—Es que le ves a él como el que se mira a un espejo.

—No digas ridiculeces.

—Cuando te ocurren todas esas cosas..., ¿no sientes como si una lejana voz te hablase?

El hizo un gesto de indiferencia con las manos.

—No. Te aseguro que no.

—¿Entonces qué piensas cuando haces todas esas cosas?

—Las hago porque pienso que debe ser así. Pero ninguna voz me habla, te lo aseguro. Todo sale de mí mismo.

—Entonces aún es más horrible.

La muchacha dio unos pasos por el garaje, sumido en penumbra, mientras en su cerebro se formaba un caos.

Cosa extraña, no tenía miedo.

A pesar de la penumbra y de la soledad, y a pesar de estar convencida de encontrarse junto a un hombre que tenía comunicaciones con un muerto, ninguna idea de temor llegó a apoderarse de ella. Estaba tan absorta en sus pensamientos que ni siquiera llegó a imaginar por un instante que aquéllos podían ser muy bien los últimos minutos de su vida.

Y no lo pensó porque no vio el ojo izquierdo de Frank, aquel ojo que brillaba siniestramente en la penumbra.

* * *

El comisario Garnier dijo al chófer del potente «D. S. 19» que le conducía a través del Franco Condado:

—Acelere. Quiero llegar cuanto antes a Lyon.

El chófer aceleró.

Al hacerlo, miró la casa de piedra que se veía más allá del bosque, con la torre espectralmente iluminada por el resplandor de la luna.

El chófer susurró:

—¿No es ésa la casa de que me habló al principio del viaje, comisario? ¿No me dijo que había venido a visitarle Ketty Russell, su dueña?

—Su ex dueña —corrigió Garnier.

—¿Pero no es ésa la casa?

—En efecto.

—¿Quiere que nos paremos un momento? Hay un camino particular a la izquierda. Llegaríamos en unos minutos.

El comisario Garnier se retrepó en su asiento.

—No, no quiero visitar a esa mujer —suspiró—. ¿Para qué? Es una visionaria. Es una de esas jovencitas demasiado bonitas y demasiado histéricas que creen ver fantasmas en todas las paredes...

Dejaron atrás el camino secundario, y la torre se perdió en un segundo tras las copas de los árboles.

—De todos modos el viaje a Lyon tiene por objeto hablar con mis colegas —dijo el comisario—. Quiero examinar bien todo lo que ocurrió con Fabrot durante el tiempo que estuvo en la comarca. Pero hablar otra vez con esa mujer... ¡Vaya tontería! No quiero perder más el tiempo con una visionaria.

* * *

El ojo izquierdo de Frank Latimer brillaba quieta mente en la

penumbra, parecía animado de una extraña vida propia.

La muchacha seguía paseando de un lado a otro del garaje, con la mirada perdida, dando vueltas en su cráneo a todos aquellos torturantes pensamientos.

Frank Latimer se acercó.

Se acercó lentamente, en silencio absoluto, como una sombra, con aquella especial habilidad que le hacía caminar como si flotase en el aire.

Ketty no le vio.

No le vio hasta que las manos de Frank Latimer estuvieron sobre ella, hasta que tiró de la muchacha hacia atrás con terrible violencia.

Ketty lanzó un agudo grito.

* * *

El comisario Garnier encendió la pipa en el interior del coche, pero sus manos temblaban.

Atrás, confundiéndose con los relieves del bosque, quedaba la torre de piedra de la vieja mansión de los Russell.

Estuvo a punto de decir al chófer: «Vuelva Vamos a hacer una inspección por allí, de todos modos». Pero lo pensó mejor.

¿Para qué molestarse con una visionaria? Terminó de encender la pipa y cerró con indiferencia los ojos.

CAPÍTULO XIII

Frank Latimer sujeto a la muchacha y tiro brutalmente de ella justo en el instante en que algo se movía tras la ventanilla delantera del coche.

Ketty se dio cuenta en el último instante. Fue apenas como un relámpago en su cerebro.

Ella había dejado cerrada aquella ventanilla, y sin embargo, el cristal estaba ahora bajo. ¿Por qué?

No tuvo tiempo de pensarlo.

De pronto una mano lívida, una mano fosforescente asomó por aquella ventanilla. La mano empuñaba un delgado y largo estilete, cuya hoja enmohecida parecía haber sido arrancada de una tumba. Casi rozó el pecho de Ketty, pero sin llegar a tocarla.

Fue entonces, en aquel trágico momento, cuando otro relámpago pasó por el cerebro de la muchacha.

¡Frank Latimer acababa de salvarle la vida!

Tampoco tuvo tiempo de reflexionar sobre esta increíble idea, sin embargo. Porque en aquel momento algo se movió, algo rebulló en el interior del coche que ella había utilizado tan sólo unos minutos antes.

Frank se había quedado quieto, como estupefacto por aquella situación. Y entonces Ketty lanzó un grito ronco, agónico, al ver salir aquella figura del coche.

Parecía como si el aire la hubiese transportado allí, como si fuera un fantasma de los que atraviesan las murallas.

El hombre, el fantasma, o lo que fuera, iba vestido de negro, con la cabeza cubierta, y sus facciones brillaban con una extraña fosforescencia. Pero Ketty se dio cuenta fundamentalmente de dos cosas. De que su cuello estaba vendado, *como si le hubieran unido la*

cabeza al tronco, y de que le fallaba un ojo. El ojo izquierdo.

Ketty ya no pudo ver más.

Sintió de pronto que sus rodillas se doblaban, que le faltaba la respiración. Sintió que el mundo entero daba vueltas en torno suyo y, cuando quiso hacer un esfuerzo por recuperarse, sus energías fallaron del todo y cayó como un peso inerte en brazos de Frank Latimer.

CAPÍTULO XIV

—Luego no sé lo que me ocurrió —dijo ella lentamente—. Le aseguro que soy más bien una muchacha seria, fría, reflexiva, que no se impresiona fácilmente, pero aquello me hizo sentir que el mundo entero daba vueltas en torno mío. Cuando recobré el sentido, Frank Latimer y Charles me habían sacado al exterior, al prado, y yo estaba tendida sobre la hierba. Charles tenía en la mano un frasco de sales. Me di cuenta entonces de que estaba viva y de que era Frank el que me había salvado.

El juez, un hombre de sesenta años, casi insignificante, con aspecto bondadoso, sonrió de una forma lejana.

—Y no ha perdido usted tiempo en venir a ver me...

—No, señor juez.

—Eso indica que Frank Latimer vio primero que el muerto, si es que vamos a llamarle así, estaba dentro del coche, y llegó justo a tiempo de apartarla. Pero usted acababa de utilizar aquel automóvil. ¿Cómo pudo alguien introducirse más tarde en él sin que ustedes lo notasen?

Ella bajó la cabeza, mordiéndose el labio interior.

—Es absurdo, pero tengo que creer que efectivamente se trataba de un fantasma. Que flotó por los aires y llegó a materializarse dentro del coche; eso es todo lo que puedo decir.

—¿Y ahora pretende usted convencerse, no? ¿Ahora pretende que exhumemos el cadáver de Fabrot para cerciorarnos de que efectivamente existe?

—Sé que es terrible lo que le pido, pero me parece la única forma normal de salir de esta horrible duda. Sé también que usted, como juez de la demarcación, puede ordenar que se abra la sepultura.

—Eso desde luego.

Ketty alzó la cabeza y preguntó ansiosamente:

—¿Va a hacerlo?

Estaba más bonita que nunca con sus facciones levemente coloreadas, con sus vestidos algo desordenados, con sus medias demasiado tirantes, pero ella no lo sabía.

Ketty, que era la encarnación de la vida, del amor, se sentía en estos momentos rodeada de muerte. El juez susurró:

—Para abrir la sepultura, tendría que hablar antes con el verdugo.

—¿Por qué?

—Porque a los condenados a la última pena es el verdugo quien los entierra en un lugar del que no da cuenta a nadie.

—¿Pero es posible hacer eso?

—Desde luego, sí.

La muchacha volvió a preguntar nerviosamente:

—¿Y va a hacerlo?

—Déjeme reflexionar...

—Compréndalo, señor... No soy una loca. El comisario Garnier me tomó por una visionaria, pero ahora es ya otra persona la que también se ha enfrentado con aquella horrible pesadilla. Estuve a punto de morir, y eso no son imaginaciones. ¡Necesito saber si Fabrot todavía está en su tumba! ¡Necesitamos saber si ese cadáver existe o...!

—¿O qué?

—... O sigue entre nosotros —jadeó ella—. Necesitamos saber si Fabrot es solamente un cadáver o alguien que tiene la facultad de aparecerse ante nuestros ojos.

El juez arrugó el ceño.

Parecía indeciso, pero al fin tomó unas notas en un papel y resolvió bruscamente:

—Está bien. Practicaremos la exhumación esta misma noche.

Así fue como Ketty Russell, que odiaba la visión de la muerte, se encontró aquella noche en el cementerio de Pantainh, cuando ya las puertas habían sido cerradas. Se encontró rodeada de anticuados faroles de petróleo, y de personajes fúnebres que miraban con ojos entornados cómo iba siendo abierta la tumba.

El ataúd, de madera barata y blanca, sin pintar, apareció

después de unos minutos de silencioso trabajo.

El juez se acercó hasta el borde de la fosa.

—Abran el ataúd —dijo secamente.

Ketty contuvo la respiración. Sintió que sus rodillas se doblaban y retrocedió un par de pasos. Le dio horror pensar que, si sus piernas fallaban, caería precisamente dentro de la fosa.

La tapa fue abierta con brusquedad.

Todos se hicieron instintivamente hacia atrás. Y entonces la muchacha vio la muerte.

El cadáver de Fabrot ya había empezado a descomponerse. Estaba allí, levemente crispado, tal como debió quedar en el último espasmo al sentir la hoja de la guillotina. La cabeza, colocada de cualquier modo sobre el tronco, estaba ladeada hacia la izquierda. Pero era posible ver con claridad la cuenca vacía de un ojo.

El juez miró a uno de los hombres, un tipo vestido de negro con aspecto de funcionario tímido:

—¿Usted es el verdugo que lo ejecutó?

—Sí, Señoría.

—¿Reconoce a este hombre?

—Claro que sí, Señoría. Es el mismo al que tuve que ejecutar. Se trata de Fabrot.

El juez ordenó secamente:

—Cierren la tapa.

Luego se volvió hacia la muchacha, cuyos labios temblaban tanto que parecía al borde de un ataque de nervios.

—¿Tiene bastante con esto? ¿Cree que debemos hacer algo más?

—Nada..., Nada más, gracias.

—En ese caso retirémonos. La acompañaré hasta su hotel.

Mientras rodaban a poca velocidad por las húmedas calles de París, en el negro y solemne coche judicial, el anciano volvió la cabeza hacia Ketty, cuyos ojos estaban tan quietos y absortos como los de una visionaria.

—Eh, muchacha...

Ella intentó sonreír, sin lograrlo.

—Diga, señor.

—¿Se siente más animada?

—Sí, en cierto modo sí... Al menos sé que Fabrot continúa bien quieto en su tumba.

—Pero el suceso de que usted fue protagonista sigue sin explicación. Se me ocurre una cosa.

—¿Cuál es?

—Líbreme Dios de juzgarla a usted como una visionaria, pero parece un hecho probado por la ciencia que determinadas cosas *son posibles* en algunos ambientes. Por ejemplo, parece poder afirmarse que alguna parte espiritual de los seres que han existido queda prendida en las cosas materiales, por ejemplo, las paredes de una casa. Usted dice que Fabrot vivió un tiempo allí. ¿Por qué no hemos de suponer que su espíritu ilota en aquel ambiente? Todo esto son divagaciones, en cierto modo, pero trato de comprender el problema de usted y no se me ocurre por ahora ninguna otra clase de explicación. Claro que, después de todo, la cosa tiene un remedio fácil.

—¿Sí? —preguntó ella con interés—. ¿Cuál?

—No vuelva allí. Es completamente seguro que en el ambiente de París no volverá a tropezarse con el espíritu de Fabrot o lo que sea. Aquí será otra mujer y todo le parecerá distinto. ¿Por qué no lo hace así?

La muchacha cerró un momento los ojos.

Se sentía tan cansada que todo le parecía bueno con tal de librarse de aquella pesadilla.

—Sí —musitó—, haré como usted dice. No volveré a poner los pies en aquella satánica casa.

* * *

La muchacha estaba en un hotel modesto. Pese a tener dinero y poder permitirse algunos lujos, había elegido el Select, en la plaza de la Sorbona, donde se daban cita estudiantes de todas las razas. Aquel ambiente era el menos propicio del mundo para creer en fantasmas, y por eso la muchacha tenía la sensación de que se encontraría bien allí.

Pero la primera noche ya no pudo dormir.

Recordaba la figura de Fabrot, muerto en su ataúd, y al mismo tiempo lo recordaba también saltando del coche después de haber intentado asesinarla. ¿Por dónde había llegado allí? ¿Cómo era posible? ¿Es que realmente los fantasmas existían y además eran

capaces de matar?

Desde detrás de los cristales de su habitación, a altas horas de la madrugada, la muchacha miraba los coches estacionados en la pequeña plaza. Se daba cuenta de que todos sus pensamientos, de que todos sus nervios no estaban allí, sino junto a la torre donde Frank aseguró haber visto la figura del muerto.

Durante el día siguiente intentó absorberse en las mil distracciones de París, en aquel ambiente tan lleno de vida, pero ella sabía que la muerte la rodeaba por todas partes. Sabía que *estaba llena* de muerte.

Y sabía que la respuesta a sus angustiosas preguntas sólo podía encontrarla en la casa de la torre. En aquella torre donde imperaba el silencio.

Al anoecer, tomó el coche que había logrado estacionar en la misma plaza de la Sorbona y emprendió el regreso bajo un cielo cargado de nubes.

CAPÍTULO XV

Encontró la casa sumida en un extraño silencio.

Todo aquel paraje siempre había sido recóndito, silencioso, quieto. Su padre adquirió años antes la casa precisamente por eso, porque toda ella daba una profunda sensación de paz.

Pero no tanto, infiernos, no tanto.

Ahora parecía como si incluso las briznas de hierba hubieran dejado de moverse. No se oía el susurro del viento en la torre. Habitualmente era aquél un sonido al que no daba importancia, pero su falta producía como una sensación de vértigo. Tampoco se veía ninguna luz en las ventanas, ni siquiera en la parte de la servidumbre, cuyas habitaciones solían estar iluminadas hasta altas horas de la noche.

Era como si la casa se hubiera convertido, de pronto en una tumba.

¿Cómo era posible? ¿Nadie estaba allí? ¿Había desaparecido incluso el propio Frank Latimer?

Ketty detuvo el coche.

No se atrevía a llevarlo al garaje, recordando lo su cedido allí dos noches antes. Sería mejor dejarlo allí, a la intemperie, hasta después del amanecer. Entonces ella no tendría miedo.

Avanzó lentamente hacia la casa, como una sombra.

La luz de la luna lo alumbraba tétricamente todo. El silencio parecía hacerse más angustioso, más es peso cada vez.

Hasta que de pronto ludo sonido ceso. Hasta que pareció como si el mundo dejara de existir, como si ella se encontrase de repente en el fondo de una inmensa botella sin aire.

Hasta que aquel silencio lúe rasgado por el grito agónico de Ketty.

La muchacha había mirado hacia la torre. Había mirado hacia aquellas piedras espectralmente iluminadas por la luna.

El espectro estaba allí.

Parecía como envuelto por la niebla, pero sus contornos destacaban rígidamente a la claridad nocturna. Y era Fabrot. Era el mismo Fabrot que ella había visto poco antes en el fondo de su tumba. Estaba trágicamente segura.

Ketty permaneció quieta, sin respirar, con los ojos espantosamente fijos, sintiendo que iba a perder el sentido de un momento a otro.

Pero aún conservó la suficiente serenidad para seguir mirando aquella silueta.

Lentamente, igual que si se fuera disolviendo en el aire, la silueta desapareció y la torre quedó tan vacía y sola como había estado siempre.

Ketty tragó saliva.

Estaba tan rígida que su garganta produjo como un chasquido. Y el aire le volvía a hacer daño al entrar en sus pulmones.

Como un autómatas, avanzó hacia la casa.

Antes de llegar a los pórticos, vio la entrada de la torre. Esa entrada estaba abierta. La puerta oscilaba suavemente, como si aun con toda su pesadez un viento misterioso la empujase.

Abierta...

La muchacha giró hacia allí. Sus brazos caían rígidos a lo largo del cuerpo, como los de una muerta.

Parecía como si una fuerza lejana la empujase hacia allí.

¿Era una trampa?

El pensamiento penetró con fuerza en el cerebro de Ketty, pero no tuvo la virtud de detenerla. Una trampa... Cuando ella penetrase en la torre, en la siniestra oscuridad de sus peldaños, aquel horror que simbolizaba la figura de Fabrot saltaría sobre ella y la inmovilizaría para siempre.

Sin embargo, siguió caminando.

Parecía más que nunca como si no fuera ella la que se guiaba, sino una fuerza infinitamente poderosa e infinitamente lejana.

Llegó hasta la puerta y la empujó.

Los goznes produjeron un chirrido.

Más allá apenas se veían los peldaños, iluminados sólo en parte por la luz de la luna. Y apenas se veían los relieves de las húmedas paredes de piedra.

Palpándolas, la muchacha empezó a ascender.

Los murciélagos, llegada la hora de su actividad, revoloteaban libremente entre las tinieblas. Más de uno rozó el rostro de Ketty con sus alas viscosas. Ella se tapó los ojos y lanzó un gemido ronco.

Más allá, arriba, surgiendo de las tinieblas, se veía la tapa de la torre que estaba levantada. Por ella penetraba como un bálsamo la claridad de la luna.

Y en medio las tinieblas... Al menos sesenta peldaños. Sesenta peldaños en cada uno de los cuales podía encontrarse la muerte.

El silencio a su alrededor era absoluto, completo.

Hasta que de pronto dejó de serlo.

CAPÍTULO XVI

Al principio fue solo un roce, algo muy suave, como si otro ser humano respirase cerca de ella.

¿Un ser humano?

¿O quizá no lo era?

Ketty quedó quieta, pegada a la pared, sintiendo en su espalda la espantosa humedad del muro.

Y entonces oyó los pasos.

No sabía si subían o bajaban, si procedían de la torre o del oscuro nivel del suelo.

Y de pronto aquella respiración se detuvo junto a ella.

Era suave, silbante.

Ketty, pese a tener los ojos espantosamente abiertos, no veía nada.

Intentó huir, gritar, hacer algo, pero en aquel momento unos brazos cayeron sobre ella. La inmovilizaron en la pared, apretándola. Aquella respiración llegó a hacerse obsesionante, pero, cosa extraña, diluyó su miedo.

Si aquellos brazos no la hubiesen sujetado, Ketty hubiera caído a tierra cuando oyó la voz de Frank susurrar:

—¿Qué haces aquí, Ketty? ¿Qué clase de locura es ésta?

Ella echó la cabeza hacia atrás, respirando con angustia. Tenía que hacer un gran esfuerzo para pensar.

—¿Cómo estás aquí? —preguntó, no obstante.

—He visto abierta la puerta de la torre.

—Entonces vienes de abajo...

—Sí.

—Ha... ha sido horrible.

—¿Qué es lo que ha sido horrible, Ketty?

—La figura de Fabrot... Aún tiene que estar allí.

—¿En la torre?

—Yo... la he visto.

Los brazos del hombre, a quien no podía ver, la apretaron con más fuerza.

Ketty se dio cuenta de que estaba a su merced, de que sólo con un golpe, con un suave gesto, podía matarla.

¿Quién sabe si en sus manos estaba ya el cordón con el que había de estrangularla? ¿Un cordón como el que había estrangulado a André Latour? ¿Algo parecido a la cuerda que había segado la vida de Nancy?

Frank susurró:

—¿Seguro que lo has visto?

—Sí... En lo alto de la torre.

—Vamos allá.

La muchacha se sintió llevada. La luna penetraba espectralmente por la claraboya abierta, como si estuviera suspendida sobre sus cabezas.

Fue entonces cuando ella vio las facciones de Frank Latimer.

Éste parecía muy pálido. Sus labios se habían apretado en un gesto demasiado áspero, demasiado duro. Subieron a lo alto de la torre.

No se apreciaba allí nada anormal. El viento volvía a susurrar entre los árboles. La mancha del bosque se veía espectral y solemne, y el prado, abajo, aparecía espantosamente desierto.

Ketty sollozó:

—Estoy segura... ¡Estoy segura!

—No te inquietes; te creo.

Ketty alzó los ojos hacia el hombre y le miro como si él mismo fuese una aparición.

—¿Me crees...?

—Yo también vi esa figura.

—Pero puede ser imaginación nuestra... ¡Podemos estar alucinados los dos!

—No olvides que encontramos las huellas.

Ketty se llevó una mano a los ojos, vacilando, como si le faltaran las fuerzas.

—Es cierto... Vimos las huellas. ¡Eso indica que la aparición

existe! ¡Que estuvo aquí!

—Nada ganaremos con pensar eso —dijo Frank sombríamente —. Hablando de aparecidos nada se consigue, pero yo voy a hacer algo más. Voy a acabar con esa pesadilla.

—¿De qué modo?

Frank dijo por entre sus labios apretados:

—Estoy solo en la casa.

—¿So... solo?

—Exactamente.

Sin que ella pudiera precisar la causa, los labios de la muchacha temblaban espasmódicamente.

—¿Por qué? —susurró.

—Quiero dar una ocasión a ese aparecido, si es que de veras existe, para que me ataque precisamente es la noche.

—¿Ésta... noche?

Ketty no comprendía.

—Si algo hay en esta casa que esté fuera de nuestros conocimientos, si existe un misterio que con nuestras solas fuerzas no podamos desvelar, necesito aclararlo precisamente esta noche. Luego tal vez sería demasiado tarde.

—¿Y por eso te has quedado solo?

—He dado permiso a todo el mundo. No queda nadie aquí.

—¿Entonces..., yo he venido a estorbarte?

—La verdad es que no te esperaba.

La muchacha cerró los ojos angustiosamente intentando reunir sus pensamientos, pero no llegó a ninguna conclusión. Sólo una cosa —más intranquilizadora cuanto más pensaba en ella— se le apareció como cierta.

Dijo con voz ronca:

—Pero eso que piensas es absurdo..., Nadie te ata cara. Yo creo que es Fabrot mismo el que está dentro de ti. Yo creo que Fabrot vive en ti..., ¡que, en realidad, es como si fueras él mismo!

Dichas estas palabras, Ketty, jadeando, sintiendo que se ahogaba, retrocedió un paso.

Ya estaba dicho. Ya no podía retroceder.

Acababa de lanzar al aire todos sus horribles pensamientos, todo su miedo. Acababa de decir que ella veía en Frank Latimer al muerto Fabrot. *Que ambos eran la misma figura monstruosa.* Ahora, si

había acertado, Frank Latimer no la dejaría vivir. El asesino que palpitaba en su sangre le obligaría a acabar con ella.

Retrocedió un paso, dos.

De pronto sintió en la parte posterior de sus muslos el contacto de la baranda de la torre.

Ya no podía retroceder más. Tenía que elegir entre caer abajo, matándose, o enfrentarse a Latimer.

Hizo esto último, con los labios apretados para dominar su miedo.

Y Latimer se acercó.

Se acercó lentamente.

CAPÍTULO XVII

La muchacha, cosa extraña en aquel momento, no se fijó apenas en sus manos, que estaban levemente tendidas hacia ella. No se fijó tampoco en su enigmática sonrisa. Para ella sólo tuvieron importancia sus ojos.

Ella sabía que uno de aquellos ojos había pertenecido a Fabrot. No se notaba, desde luego, e incluso cualquier mujer hubiera pensado que aquella mirada era noble y limpia, y que aquellos ojos tenían una extraña belleza. Pero para ella era distinto. Para ella era la mirada de Fabrot, el hombre que había prometido matarla.

Notó las manos del hombre casi junto a ella. Y entonces todos sus músculos jóvenes se dispararon como un resorte, sin que en ello interviniese la voluntad de Ketty.

Fue algo instintivo.

De pronto hizo una ágil finta, exponiéndose incluso a caer, y esquivó las manos de Frank, que en ese momento tuvieron una extraña inercia. Sin saber cómo se encontró en la escalera. Habituada a la oscuridad, le parecía ahora que la luna iluminaba los peldaños, que podía bajar por ellos. Oyó a su espalda la voz excitada de Frank:

—¡Ketty! ¡No seas loca, Ketty! ¡Vuelve...!

Pero Ketty no hizo caso. En realidad, apenas llegó a oírle bien. Se encontró de pronto ante la puerta de la casa, respirando afanosamente y teniendo la sensación de que los pasos de Frank sonaban a su espalda.

La puerta de la casa estaba abierta. ¿Abierta?

¿La había visto ella antes así, cuando fijó su atención en la torre?

Imposible decirlo. No recordaba apenas lo que había sucedido

cinco minutos antes. No recordaba nada, en el caos terrible en que ahora se veían envueltos sus pensamientos.

Pero no tenía un minuto que perder. En cualquier momento podía llegar Frank, y él mismo había dicho que estaban solos.

Atravesó el umbral.

Más allá estaba el vestíbulo, donde apenas brillaba una suave lucecita. Kitty recordaba aquella pantalla situada bajo las escaleras, y que expandía una luz casi irreal, de tan misteriosa y suave. Vio el brillo mate de los muebles y de las viejas armaduras que dormían allí su sueño de siglos.

Oyendo como una cosa infinitamente lejana el sonido de sus propios pasos Kitty avanzó.

Le parecía que estaba viviendo un sueño. Tenía la sensación de no ser ella misma la que se movía entre las tinieblas, oyendo a su espalda el ruido misterioso de unos pasos.

De pronto se detuvo, ahogando un gemido.

Junto a sus pies había un rectángulo vacío, parecido a la boca de un pozo cuadrado. Dentro de él todo eran tinieblas. Sin saber por qué su sola visión daba sensación de profundidad, y parecía como si el propio infierno se abriese tras aquella boca.

Kitty susurró:

—Dios mío...

No obstante, no había motivo para extrañarse. Varias baldosas del vestíbulo podían levantarse para poner al descubierto la antigua cisterna de la casa, y ella lo sabía. Sólo que hacía muchos años que nadie levantaba aquella tapa. Tantos años que Kitty había llegado a olvidarla.

Se detuvo vacilante.

«Podía no haberme dado cuenta... Podía haber caído y no me hubieran encontrado nunca...».

El propio horror de la situación, el pensamiento de lo que había estado a punto de ocurrir le produjo una espantosa sensación de vértigo.

Y fue entonces cuando oyó otra vez los pasos.

* * *

Habían sonado junto a la puerta. Eran quedos y suaves, pero

avanzaban hacia ella. Hacia ella...

Ketty se volvió. Sentía su propia saliva en la garganta, formando una bola amarga.

Frank Latimer estaba allí. Sus ojos, sus extraños ojos, le enviaban una mirada negra.

Ella musitó:

—Frank...

Instintivamente se apartó dos pasos de la trampa. La sensación de vértigo que sentía como clavada en su nuca fue desapareciendo poco a poco.

Frank avanzó hacia ella. Se movía rígidamente, como un autómatas.

—Frank... —musitó ella, angustiosamente—. Tú me salvaste la vida una vez. No puedes ahora hacer lo que piensas... ¡No puedes!

—¿Qué es lo que no puedo, muchacha?

—Me has preparado una trampa...

La voz del nombre llegó ronca hasta sus oídos, mientras él seguía avanzando lentamente.

—En efecto —susurró Frank—, es una trampa. Una trampa para ti, una de las ladronas más audaces e inteligentes del mundo.

* * *

Otra vez la sensación de vértigo volvió al cráneo de Ketty. Con voz inaudible balbució:

—¿Ladrona...?

—Su padre sabía perfectamente que o tú o Nancy habíais robado las joyas de la familia. Pensaba que tal vez lo habíais hecho entre las dos. Y daba por descontado que las joyas se encontraban aquí, aunque daba por seguro, también, que no serían halladas nunca si vosotras mismas no revelabais el escondite.

El rostro de la muchacha expresó incredulidad, asombro, miedo. Si todo aquello era fingido, lo fingió tan bien que incluso pareció hacer vacilar el firme acento del hombre.

—¿Quién eres...? —balbució ella—. ¿Quién eres en realidad, Frank Latimer?

—Pues el propio Frank Latimer. No he cambiado de nombre. Lo único que sucede es que, en vez de jugador profesional, soy

detective privado. Pero el mundo de los jugadores de ventaja casi siempre me ha servido maravillosamente para mi trabajo, y por eso me niego a abandonarlo.

—¿Mi padre... te contrató?

—Sí. Y celebramos luego una partida de cartas ante testigos para que él pudiera perder la casa y mi presencia aquí no pudiera ser discutida por nadie.

—¿De veras creía... que sus propias hijas le habían robado?

—Erais unas muchachas lo bastante locas e independientes para hacer eso y más. El tenía derecho a sospechar de las dos, pero cuando Nancy fue asesinada se dio cuenta de que la sospechosa ya no podía ser más que una.

—¡Eso es imposible! —rugió Ketty—. ¡Él no ha podido pensar eso! ¡No ha podido germinar en su cráneo el monstruoso pensamiento de que yo haya sido capaz de asesinar a mi propia hermana!

—Varios millones de dólares bien merecen algún pequeño sacrificio —dijo él con acento helado.

—¡Estás loco! ¡Estáis locos todos! ¡Yo no pude robar esas joyas porque cuando desaparecieron no estaba ni siquiera en Estados Unidos!

—Pero Fabrot, sí.

—¿Quieres decir que...?

—Quiero decir que Fabrot fue tu cómplice.

La respiración de la muchacha se hizo jadeante. Su sonido silbante pareció llenar el inmenso vestíbulo.

—Fabrot robó las joyas y luego las trajo aquí. Sabía que podía confiar en ti y que las vigilarías celosamente durante los años necesarios para que el caso se olvidara y las joyas pudieran ser desmontadas y vendidas sin grave riesgo.

—¿Y por eso, para averiguarlo, te hiciste amigo de Fabrot?

—Simulé haber cometido un delito de los que no perdonan: intento de violación. Naturalmente no hice nada de eso; la muchacha estaba de acuerdo conmigo y ni siquiera la toqué. Las posibilidades de que me encarcelaran junto a Fabrot, que había cometido el mismo delito, eran máximas, y en efecto no me equivoqué. Nos hicimos grandes amigos. Fabrot era un tipo repugnante, pero el sentido de la amistad, al menos, lo tenía.

Cuando yo tuve un accidente por salvar a un preso de morir abrasado vivo y perdí un ojo, Fabrot, que estaba seguro de su ejecución, permitió el trasplante del suyo. Lo del ojo, al menos, es auténtico.

—¿Pretendías que te explicara dónde estaban las joyas?

—Sí, pero fracasé. No me explicó nada.

—Y luego, cuando él murió, tú conseguiste salir de la cárcel...

—Así es. Había que empezar de nuevo, y tu padre pensó que la única pista estaba en esta casa. Entonces me pagó mis honorarios hasta aquel momento e hicimos la comedia de las partidas de naipes para justificar mi presencia aquí. Para justificar el derribo de paredes, si a mí me convenía.

—¡Pero Fabrot se ha aparecido aquí! ¡Tú lo has visto!

Él sonrió suavemente, con cansancio.

Tonterías, muchacha. Todo formaba parte del plan. Si yo aseguraba que había visto una figura en la torre, ¿quién podía negármelo? Fabrot me había explicado mil detalles de esta casa, detalles que sólo conocía él. Me dio una ganzúa que abría la puerta de la torre, ganzúa que había depositado en manos de uno de los guardianes de la prisión y que me fue entregada a mi salida. Fingí fallar la primera vez, pero, en realidad, yo ya sabía cómo abrir aquella puerta. Sabía también dónde estaba la llave del coche, que un día él ocultó. Y sabía poner también en marcha el viejo reloj. Todos esos detalles no me servían para encontrar las joyas, pero eran inútiles para hacerte reaccionar.

—Sí, hermosa Kitty, cándida paloma que ama los collares de perlas. Para hacerte reaccionar a ti precisamente. Si tenías sensación de peligro, si creías enfrentarte a algo más fuerte que tú, buscarías las joyas y desaparecerías con ellas. Ése sería mi momento, el momento de capturarte con las manos en la masa. Por ello mi ayudante dejó unas huellas en la torre, fingiendo que alguien, el mismo Fabrot, había estado efectivamente allí. Por eso se introdujo en el coche mientras tú y yo hablábamos en el garaje, aprovechando que yo mismo le cubrí con mi cuerpo. Sus medidas son aproximadamente las de Fabrot, y un hábil maquillaje, donde no faltaba ni la pintura fosforescente, hizo que tú creyeras vivir una pesadilla. Para acentuar tu sensación de inseguridad, para precipitar los acontecimientos, fingió asesinarte y yo fingí salvarte. Esta noche

es también mi ayudante a quien has visto. Todo estaba preparado.

—Pero... ¡pero no creerás que yo pude matar a André Latour!
¡No creerás que asesiné a mi propia hermana!

La voz de Frank Latimer fue ronca e inflexible cuando dijo:

—Por varios millones de dólares se hacen muchas cosas, muchacha. Y ahora dime dónde están las joyas. Tu juego está tan al descubierto que ya no vale la pena mentir. ¡Habla!

Ella retrocedió dos pasos, respirando entrecortada mente. Estaba tan atónita que oía el rumor de sus propias pisadas como si lo causara otra persona. Su boca se abrió para balbucir:

—Pero...

No pudo decir más. Frank Latimer gritó de nuevo, con las facciones rojas por la ira:

—¡Habla...!

Y fue entonces cuando una voz metálica dijo a espaldas de los dos:

—Sí, paloma, habla. Habla de una vez o iréis juntos a la misma tumba.

* * *

La muchacha lanzó un seco grito, y Frank Latimer se volvió sin que en su rostro se moviera un músculo.

Diríase que esperaba aquello, que sabía ya, minuto por minuto, lo que iba a suceder.

Ambos vieron las facciones lívidas de Charles. Vieron sus ojos en los que palpitaba un brillo demoníaco. Y vieron, sobre todo, la pistola automática que empuñaba en su mano derecha.

Charles musitó con voz silbante:

—Muy bien. Ha sido una bonita comedia, amigo, una hermosa e instructiva comedia. La lástima es que no le ha servido para nada absolutamente. ¿De veras ha llegado a sospechar de esa muchacha?

Frank no contestó. Sus facciones continuaban, impasibles.

Y entonces vino la gran sorpresa, al menos para Ketty. Entonces la voz ronca de Charles declaró:

—Las joyas las tengo yo. ¿Pero un detective privado puede ser tan estúpido? Mientras usted perseguía con sus fantasmas a Ketty yo buscaba por mi cuenta. Porque yo fui quien ayudó a robar esa

fortuna a Fabrot cuando ambos vivíamos en Estados Unidos. Luego el desapareció, pero supuse que había ocultado las alhajas en esta casa, aprovechando su fugaz noviazgo con Nancy, porque aquí nadie iba a buscarlas nunca. Y por eso me empleé en este lugar. Por eso busqué pacientemente hasta dar con una piedra mal ajustada en la base de la torre. Pero Nancy me sorprendió mientras descubría el escondite, y tuve que matarla. Luego André Latour, quien estaba aquí para proteger a las muchachas, empezó a recelar de mí. Para que los acontecimientos no se precipitaran, sólo tuve el recurso de liquidarle por la espalda. Y ahora tengo las joyas repartidas entre mis ropas. ¡Hoy mi traje vale veinte millones de dólares!

Lanzó una seca carcajada, una carcajada que se cortó bruscamente cuando Frank Latimer preguntó con expresión glacial:

—¿Por qué me cuenta eso, Charles? ¿No le hubiera valido más huir y dejarnos discutir a nosotros?

—¡Oh, no! ¿Quieren que desperdicie una ocasión que me brindan en bandeja? Si usted ha inventado el fantasma, Latimer, el fantasma cargará con sus misteriosas muertes. Ya pensaba arrojar a la muchacha a la cisterna, y por eso la dejé abierta. Pero ahora usted la acompañará, polizonte. Caso de haber huido dejándoles discutir, habrían llegado a sospechar la verdad. Era inevitable. Pero, en cambio, ahora todo aparecerá más misterioso, más embrollado y más inquietante que nunca. Nadie se preocupará por un robo cometido hace casi tres años, habiendo por en medio varios crímenes cometidos hace menos de una semana. ¡Y yo tendré campo libre! ¡Yo me habré convertido, casi sin molestias, en uno de los hombres más ricos de Europa!

Lanzó una carcajada brutal, ronca, salvaje, sin dejar de apuntarles. Sabía que ninguno de los dos podría escapar, pues el vestíbulo no ofrecía en aquella zona ningún mueble para parapetarse, y además estaban los dos a demasiada distancia para intentar saltar sobre él. Por eso aquella carcajada fue tan brutal, tan triunfante, tan ronca. Pero de repente quedo cortada.

Porque estaba ocurriendo algo inverosímil.

Frank Latimer reía también. ¡Reía también como un loco!

—¿Qué le pasa? —Gruñó Charles—. ¿Ha perdido la razón?

Frank le miró. Sus labios se curvaron en una sonrisa que hubiera podido parecer educada y fina de no ser tan trágicas las

circunstancias.

—Muy bien, Charles —dijo—, eso era lo que esperaba. Ni por un momento sospeché de Ketty, claro, y lo único que quería era dar *una oportunidad* al verdadero culpable. Sabía que, habiendo concedido permiso a todos, el que volviera aquí sería el presunto asesino. Pero usted ha puesto las cosas mejor de lo que esperaba, Charles, al querer redondear su hazaña. Fingiendo que quería poner nerviosa a Ketty, le he puesto nervioso a usted. Mi plan ha salido tal como esperaba. Y ahora deme las joyas, Charles. No complique más esta situación.

La voz de Frank Latimer era tan tranquila, tan segura, que Charles vaciló. El estupor más absoluto se reflejó en sus facciones. Por un momento le costó trabajo respirar.

Pero tenía la pistola. Él era el amo, a pesar de lo que creyese aquel imbécil que le hablaba con tanta seguridad. Sólo tenía que apretar el gatillo y aquel cerebro que pensaba demasiado quedaría deshecho. El solo tenía que mover un dedo y...

Lanzó un rugido, al ir a disparar, pero la voz de Frank dijo fríamente:

—No le mates, Percy.

Charles fue a volverse como un rayo, al oír un crujido a su espalda, pero ya fue demasiado tarde. Una de las armaduras se había movido. Una de las viejas armaduras estaba junto a él, como un fantasma de otro tiempo... ¡y en su mano derecha levantaba la maza de hierro!

Ciego de ira, Charles fue a disparar contra el nuevo enemigo, pero éste descargó el golpe. La cabeza del asesino retumbó como una losa. Lanzando un agudo grito retrocedió, mientras sus ojos se nublaban. El golpe no le había matado, pero sí resultaba más que suficiente para dejarle sin sentido. Charles retrocedió. Un gesto de viva alarma se marcó en las facciones de Frank, mientras saltaba hacia él.

—¡Cuidado!

Fue demasiado tarde. Con un aullido, Charles se desplomó hacia el fondo de la cisterna que él mismo había abierto, lanzándose a una muerte segura, insondable, de la que ya no podía salvarle nadie. Porque era empresa inútil intentar rescatarle entre las tinieblas espantosas del pozo.

Frank se detuvo en el borde, jadeando, con las facciones espantosamente pálidas.

—Dios mío. —Susurró.

—Yo no quise matarle, jefe —susurró una tímida voz dentro de la armadura—. Le di un golpe suave y...

—No te preocupes, Percy. Ha sido el Destino. Dentro de unas horas podrá sacarlo la policía y recuperar las joyas. —Se volvió hacia la muchacha—. Cuando se desprenda de la armadura te presentaré a Percy, mi ayudante. Buen chico, aunque ahora temo que se haya aficionado demasiado a los fantasmas. En cuanto a ti, Ketty, debo pedirte perdón. Jamás he sufrido tanto como al acusarte sabiendo que era falso. Pero resultaba necesario.

Las facciones de Ketty se habían coloreado ligeramente. Volvía a ser ella misma, aunque en sus ojos y su rostro se apreciaban las huellas de la tragedia que estaba viviendo aún.

—Pues lo has hecho muy bien. —Dijo rencorosamente.

—Comprendo que estoy en deuda contigo, Ketty —musitó él.

—¿Sí? ¿Y cómo piensas pagarme?

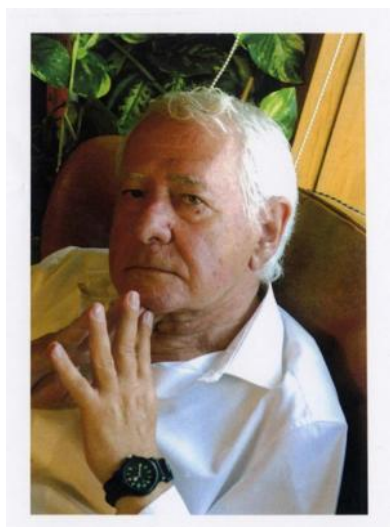
—Subiendo a la torre contigo.

—¿Subir juntos a esa condenada torre? ¿Por qué?

El dijo roncamente:

—Para besarte sin testigos, pequeña imbécil. Y la tomó en sus brazos como si éstos fueran una catapulta.

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en

2007-08

el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Notas

[1] Especie de «Guía de suciedad» del mundo de habla inglesa. N. del T. < <